

CARLOMAGNO
PAMPLONA
RONCESVALLES

HISTORIA, LITERATURA, ARTE, LEYENDA, TRADICIÓN

INFLUENCIA DEL MUNDO CAROLINGIO EN LA
GÉNESIS DEL REINO DE NAVARRA

CONSEJO NAVARRO DEL MOVIMIENTO EUROPEO

CONSEJO NAVARRO DEL MOVIMIENTO EUROPEO



Juan Ramón Corpas Mauleón, 2020



Este obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

SUMARIO

Introducción	5
Roncesvalles. El despertar de un reino	7
Roncesvalles	9
La estrategia carolingia	9
Prolegómenos	10
La batalla	13
La "Chançon de Roland" ("El Cantar de Roldán")	17
Religión y política carolingia. Aparición del apóstol Santiago	24
El despertar	26
La Marca Hispánica.	27
La génesis del reino.....	29
Vascones. Pamploneses. Navarros	30
El nacimiento de un reino. Relación con lo Carolingio	33
Íñigo Arista. Rey o caudillo	33
Los comienzos	33
Surge un reino.....	35
La segunda batalla de Roncesvalles.....	39
El Camino de Santiago.....	41
Godescalco y el Códice Gomesano	41
Carlomagno en el Codex Calixtinus.....	44
Carlomagno y Roldán.....	44
Roldán y Ferragut.....	46
Navarra	47
Calixto II	57
A modo de conclusión	59

INTRODUCCIÓN

La capilla palatina de la ciudad de Aquisgram (*Aachem*, en alemán; *Aix-la-Chapelle*, en francés), guarda los restos del gran rey de los francos, dominador de la Europa de su tiempo, y emperador del Sacro Imperio Romano- Germánico.

En el complejo palaciego que manda edificar Carlomagno hacia 790, se levanta un templo de planta octogonal para su uso privado, en la que se guarda como reliquia un trozo de la capa (en latín *capella*) de San Martín. Dicha iglesia adopta, por ello, la denominación de capella, la Capilla Palatina de Carlomagno, cuyo prestigio viaja por la cristiandad hasta dar el nombre de capilla primero a los oratorios privados de príncipes y nobles, y más tarde, a un amplio capítulo de la arquitectura religiosa.



El veintiocho de enero de 814, muere el emperador, con alrededor de setenta y dos años de edad, tras haber reinado durante cuarenta y siete. Sepultado el mismo día de su muerte en la catedral de Aquisgrán, su cadáver es acogido en un sepulcro romano de mármol que presenta un relieve con el rapto de Proserpina. El cuerpo sufre diversas vicisitudes hasta 1215, en que Federico II, emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, recoge sus restos en un arca de delicada orfebrería, en la que permanece hasta hoy. En la tapa del féretro, entre las hazañas principales del monarca, narradas en unas pocas placas recamadas en oro y plata, destaca la que refiere *La Entrada en Pamplona*.



Con el título *L'ENTRÉE D'ESPAGNE* (La entrada en España), se guarda en la Biblioteca Marciana de Venecia, procedente del ducado Gonzaga de Mantua, un libro escrito hacia 1330, de valor extraordinario, tanto por su texto, su idioma, y la calidad de la narración poética, desarrollada en 16.000 versos, como por la excelencia de sus miniaturas del siglo XIV, exponente en su conjunto del mejor arte europeo de su tiempo. El autor anónimo, probablemente paduano, narra el avance de las fuerzas francas, mandadas por Roldán, hacia Pamplona y el asedio de la ciudad; y concluye con el reencuentro con el ejército de Carlomagno ante Pamplona. Retoma la línea argumental del Pseudo Turpín, según explícita confesión del autor, junto con otras fuentes extraídas de los libros –reales o supuestos– de Jean Gras de Navarra y Gautier de Aragón.

Guardado en la misma biblioteca, se encuentra el no menos famoso libro *LA PRISE DE PAMPELUNE* (La Conquista de Pamplona), de la mano de un escritor conocido, Nicola de Verona, como continuación de La Entrada en España. Redactado en 1345, para su patrón Nicola d'Este, en una mixtura idiomática del francés medieval y el italiano septentrional, la *Prise* relata la conquista de la ciudad en 6.117 versos alejandrinos. Y si bien *L'Entrée* da noticia de los primeros cinco años de la estancia Carlomagno en España, *La Prise* lo hace de los dos últimos, con lo que se completan los siete años durante los cuales, a decir del Pseudo Turpín, se extienden las campañas españolas del emperador.

Acaso en la voluntad del imperio carolingio y más tarde, de la monarquía francesa, prevaleció el deseo de divulgar la entrada victoriosa en Pamplona sobre la derrota de Roncesvalles.

Son solo dos ejemplos de la huella que ha dejado en el arte la memoria de la relación entre Carlomagno y el viejo reino de Navarra.

Pero de ambos sucesos, el de la vieja ciudad romana, y el ocurrido en los desfiladeros pirenaicos, quedan numerosos testimonios que, a través de la historia, la épica, la tradición y la leyenda, han quedado arraigados de forma indeleble en el imaginario colectivo de las dos vertientes del Pirineo, en la cultura de Occidente, y en la Literatura Universal.

RONCESVALLES. EL DESPERTAR DE UN REINO

No es nada fácil abordar un análisis del nacimiento y consolidación de los movimientos de oposición nacidos en el área pirenaica contra el dominio del emirato cordobés.

Recordemos que mediado el siglo VIII se ha producido un cambio importante en el islam español. El joven príncipe Omeya Abd al-Rahman ibn Mu'awiya -único superviviente del exterminio de su familia decretado por los abasíes, una vez alcanzado el acceso al califato de Bagdad en el año 750- ha conseguido, tras múltiples vicisitudes, congregar el apoyo de diversos clanes bereberes del Magreb y andalusíes del sur de la península. El 14 de agosto de 755 (1 de *rabi'* del año 136 de la Hégira), desembarca en Almuñécar y pisa por primera vez suelo español. En marzo de 756 (*sawwal* del 138), toma Sevilla, y finalmente, no sin dificultades, el 15 de mayo de 756 (10 de *du l-hiyya* de 138), conquista Córdoba, acepta la sumisión que le ofrecen sus autoridades y sus gentes y, sin pérdida de tiempo, en la mezquita mayor, se hace proclamar emir de al-Ándalus. El centro de gravedad del islam español se va a desplazar a partir de este momento desde la antigua capital visigoda, Toledo, a la recién nacida corte cordobesa.

La España musulmana se encuentra con un dirigente joven -Abd al-Rahman todavía no ha cumplido 26 años- cultivado, curtido en dificultades y peligros, y con ambición y perspectiva política, que va a cambiar en buena medida el caos organizativo que había dominado las primeras décadas de la conquista. Durante su largo reinado de treinta y dos años (756- 788), consigue anular los enfrentamientos y conspiraciones instigadas por los distintos clanes. Impulsa las fórmulas de organización administrativa de la corte Omeya de Siria y, con una eficaz política de captación, atrae hacia al-Ándalus a un considerable número de inmigrantes encabezados por los miembros de su red familiar, marwaníes u omeyas, y sus grupos clientelares. Organiza una fuerza militar profesionalizada para, en primera instancia, defenderse de sus enemigos abasíes y, a la vez, mantener el control de la península; y para ello, recurre al reclutamiento en el norte de África de mercenarios bereberes, así como de esclavos (*'abid'*) procedentes del sur de Europa.

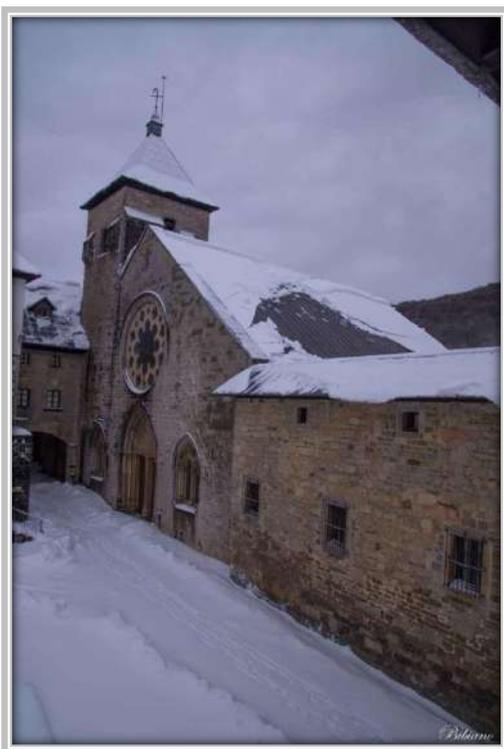
En estos años, tanto en el núcleo pamplonés como en los condados centrales del Pirineo, Ribagorza, Sobrarbe, Aragón, y en el área catalana, hay movimientos que, sin presentar una clara unidad entre sí, anuncian una evolución que empezará a dar frutos

en las décadas últimas del siglo VIII. Lacarra y Abadal, que han estudiado en profundidad estos fenómenos, enuncian algunos factores que considerar a la hora de abordar la aproximación a este contexto. Interesa analizar las relaciones de vasallaje y las pulsiones de autonomía que se viven entre los señores musulmanes del Valle del Ebro y las dos fuerzas expansivas del momento: la corte carolingia al norte, y el emirato cordobés al sur; así como las vinculaciones de familia, de intereses y de vecindad de estos gobernadores con la aristocracia local, los propietarios que han sabido subsistir, evolucionando bajo los sucesivos dominios y cambios políticos y religiosos. Así mismo, merecen atención las formas en que se han venido ordenando los modelos sociales y de reparto de propiedad y poder económico en los dos ámbitos que componen estos territorios: las fértiles llanuras del Ebro y las fragosas regiones montañosas. Y por supuesto, es determinante el tipo de ocupación del poder musulmán en cada una de las zonas concernidas.

En lo que se refiere a lo que va a ser el reino de Navarra, la llegada del poder musulmán no ha terminado con la aristocracia fundiaria preexistente sino que, en la mayoría de los casos, ha llegado a acuerdos delegando en ellos el control territorial e incluso la recaudación tributaria. No hay que olvidar que las poblaciones de la España recién conquistada son consideradas por sus nuevos dueños como “gentes del libro” (*ahl al-kitab*), es decir, adeptos a las religiones reveladas que, al no adoptar la religión islámica se convierten en tributarios (*dimmíes*) sujetos a impuestos especiales. No son pocos los que aceptan la conversión que les sitúa en el mismo estatuto de los invasores. Estos conversos, musulmanes nuevos, llegan a ser tantos que constituyen el sector más numeroso entre los mahometanos de la península, sobre todo en el sur y el este. *Musalima* (conversos) o *muwalladum* (descendientes de conversos), es decir, muladíes, que es como van a ser llamados en al-Ándalus; en tanto que a quienes conservan su religión cristiana, se les denomina mózarabes. El conde visigodo Casio, señor de amplios territorios en las riberas del Ebro, es un ejemplo destacado de muladí.

Tampoco se ha producido un trasvase significativo de población islámica al territorio vascón, y salvo colocar algunas guarniciones en las ciudades principales y controlar los lugares de valor estratégico en los valles donde no existe estructura urbana, como los pasos pirenaicos, el nuevo poder musulmán se da por satisfecho y no toma medidas para intensificar su dominio.

Algunas noticias alertan al poder cordobés de movimientos de resistencia que van a causar la reacción militar del emirato: es el caso de Quintiliano, señor de Montgrony, caudillo en la alta Cataluña, derrotado y muerto por las fuerzas musulmanas en 778, o el de Ibn Belascut (identificado por varios autores con el Galindo Belascotenes de las Genealogías de Roda), contra quien Abd al-Rahman lanza una campaña en 780.



RONCESVALLES

LA ESTRATEGIA CAROLINGIA

Tras la victoria de Poitiers, se produce una progresiva expansión de los francos hacia áreas meridionales. Comenzada por el propio Carlos Martel, su hijo Pipino el Breve (rey de los francos 751- 768, apodado de este modo por su pequeña estatura), concentra sus esfuerzos en llevar sus fronteras hasta las faldas del Pirineo y, para ello, ataca y ocupa, en sucesivas campañas, primero la Provenza (759), e inmediatamente, Aquitania (760-768). Con el doble objetivo de conjurar la hostilidad de los señores de estos territorios recién dominados (donde forman parte del

juego político y militar los importantes núcleos visigodos afincados al norte de la cordillera), y a la vez, para afrontar el evidente peligro que representan las posibles incursiones del poder emergente del recién nacido emirato cordobés, Carlomagno planea llevar su influencia militar y política más al sur.

Para materializar esta estrategia adquiere capital relevancia la gran iniciativa peninsular de Carlomagno. Y la ocasión de llevarla a cabo se le va a ofrecer al monarca inopinadamente en el año 777. Corre la primavera y, durante la Pascua, el rey ha convocado en su palacio (*kaiserpfalz*) o campamento, a orillas del río Pader, en la ciudad de Paderborn, en territorio sajón, la primera asamblea documentada de los distintos caudillos del mundo franco. Son fechas trascendentales, pues se ha vencido por fin al pueblo de los sajones y de las cuatro esquinas del reino franco han acudido príncipes y barones, duques y generales, para asistir al acto de sumisión y al bautizo masivo de esta nación violenta y pagana. Y, sobre todo, para decidir el reparto de la administración de sus territorios que se suponen conquistados y pacificados. Y es durante las sesiones de la dieta, cuando se va a presentar una embajada que encabeza el gobernador de la frontera superior española, Sulayman ibn Yaqzan ibn al-Arabi, quien pide ayuda frente al primer emir hispano de los Omeyyas, contra el que se ha levantado con el apoyo de Abul Aswad, hijo de Yusuf al-Fihri (anterior gobernador de al-Ándalus), y de al-Husayn ibn Yahya al-Ansari, en probable alianza con los abasíes de Damasco, que desean la anexión de España al califato y la eliminación del emirato cordobés.

Sulayman comparece ante el rey en el mismo lugar en el que hoy se levanta la catedral de Paderborn, acompañado por el hijo y el yerno de Yusuf, y representantes de los gobernantes musulmanes de Gerona, Barcelona y Huesca. Lo refiere el historiador musulmán Ibn al-Athir. Y a decir de las crónicas, ofrecen la entrega de las llaves de las ciudades que gobiernan y que abarcan buena parte del Valle del Ebro. Grande debe ser el interés que les mueve a este viaje, puesto que se han aventurado a franquear la muralla pirenaica en fechas invernales. Y es que el *amil* de Saraqusta ha salido inesperadamente ileso de la furiosa ofensiva que el emir cordobés ha enviado contra su ciudad, al mando del general Tabala ibn Ubayd. Y no solo ha conseguido resistir el sitio dentro de las fuertes murallas de la capital cesaraugustana, sino que, además, en una audaz salida, ha asaltado el campamento de los sitiadores, apresando a sus mandos, con el mismo Tabala a la cabeza, incendiando sus tiendas y dispersando sus fuerzas. Ahora, temeroso de la venganza de Abd al-Rahman, pide ayuda al poderoso soberano de las tribus del norte cuya nombradía es conocida en el costado sur de la cordillera pirenaica.

Se dice que el rey de los francos siempre usa la vestimenta nacional (camisa y calzones de lino, túnica con bordado de seda y cubrepiernas con polainas de tiras) que apenas le distingue de sus gentes, y que rechaza los vestidos de otros pueblos. No se conoce más excepción que en sus visitas a Roma, donde, a petición del pontífice Adriano y a ruego del papa León, acepta vestir la larga túnica y la clámide, así como el calzado a la usanza romana. En esta primavera del 777, el rey de los francos, en la flor de la edad -alrededor de los 35 años-, no es todavía el prestigioso emperador de la barba florida, pero domina ya el simbolismo y la escenografía del poder; por ello, como en los contados momentos en los que desea ostentar su realeza, comparece en la recepción a los recién llegados ataviado con una túnica tejida en filigrana de oro, calzas con piedras preciosas y una fíbula áurea que sujeta el sayo. Y ciñe la diadema real de oro, y la espada con empuñadura de oro y plata, adornada con piedras preciosas.

Sabemos por las crónicas cortesanas que posee un cuerpo ancho y robusto, de estatura eminente, algo que no parece obedecer a la carga genética del padre, de tan escaso (*el breve*) porte, así que debe proceder de la herencia materna, del asombroso tamaño de cuyos pies queda memoria. Y se nos ha transmitido que sabe presentarse en público con andar firme, con toda la actitud de su cuerpo varonil. Y acaso en esta ocasión, como en alguna otra circunstancia excepcional, es capaz de imposter su voz atiplada "*tan clara - escribe Eginardo- que no respondía a la figura corporal*", para que ningún detalle empañe su majestad.

PROLEGÓMENOS

No es para menos. Carlomagno no puede dejar escapar esta oportunidad, y a lo largo del verano, otoño e invierno siguientes, alista, arma y adiestra a un numeroso ejército, para que, cuando los puertos y los caminos estén expeditos, se dirija hacia

Hispania. Llegada la primavera, tras pasar la Pascua en Chasseneuil, Carlos ordena a la expedición ponerse en marcha. Dos impresionantes columnas militares van a abordar formando una pinza los objetivos marcados: una planea cruzar por Le Perthus, el paso de menor altura en el costado oriental del Pirineo, y está compuesta, a decir de los autores carolingios, por tropas de Austrasia, Lombardía, Borgoña, Septimania, Provenza y Baviera (se concentra y organiza en Narbona, y progresa probablemente a través de Barcelona, Lérida y Huesca, para aprovisionarse antes de llegar a Zaragoza); la otra, que va a estar encabezada por el mismo Carlos, reúne contingentes bretones y neustrios, francos, aquitanos y gascones, y a finales del mes de abril o primeros de mayo, remonta el alto de Ibañeta y, por la antigua calzada romana de Burdingala a Asturica Augusta, se detiene en Pamplona, en donde va a dejar una guarnición militar que le cubra la retaguardia.

El contingente mandado por Carlos se encuentra con Sulayman, quien viene a recibirle a orillas del Ebro. Y una y otra columna, sin hallar oposición alguna, se reúnen bajo las murallas de Saraqusta (Zaragoza). Pero para su sorpresa, la ciudad no les acoge ni se entrega. Al- Husain ibn Yahya, ahora señor de la plaza, ha cambiado de postura y se niega a franquearle las puertas. El ejército franco se ve obligado a preparar el asedio a la plaza fuerte, una operación que no estaba prevista y para la que no está pertrechado. En la larga espera, mientras se diseñan y se comienzan a construir máquinas e ingenios para el sitio y torres para el asalto de la ciudad, y se llevan a cabo negociaciones infructuosas con los musulmanes zaragozanos, Carlomagno concibe la sospecha de haber sido engañado con objeto de alejarle a él y a sus fuerzas del territorio sajón.

En efecto, el principal cabecilla de los sajones, el duque Widukind, ha aprovechado el tiempo para trenzar alianzas y, sabedor de la lejanía de Carlos con la principal fracción de su ejército, se rebela de nuevo y ataca las edificaciones defensivas que el rey ha levantado en tierras sajonas, como la nueva y costosa fortaleza de Karlsburgo, de la que el rey de los francos se siente tan orgulloso y que ha bautizado con su nombre, que es totalmente arrasada, y avanza a orillas del Rin destruyendo poblaciones, incendiando iglesias, hasta penetrar en territorio franco, donde captura gran parte de la población local que será esclavizada y enviada a Sajonia.

Al tanto probablemente de la situación (aunque, según los *Anales regios*, tiene conocimiento del levantamiento sajón a su llegada a Auxerre) y ante la perspectiva de un asedio largo, penoso y de resultado incierto, Carlomagno decide levantar el sitio y regresar con sus ejércitos, con cierta precipitación, haciendo el camino en sentido inverso de su venida. Exige un fuerte rescate dinerario a la ciudad, como compensación por haber roto sus compromisos y condición para renunciar a su conquista, y reclama a modo de garantía una serie de notables como rehenes, entre los que se cuenta el propio gobernador, Sulayman, considerando que su presencia puede facilitar la marcha de sus tropas por territorio musulmán. Pero cuando lejos de Zaragoza, ya se siente libre de riesgos, Sulayman es liberado por una partida mandada

por sus hijos, Matruch y Aysun, en una rápida e inesperada estratagema librada sobre la retaguardia del ejército, que transporta bagajes, impedimenta, botín y rehenes, una vez vadeado el Ebro. Según algún autor, en las proximidades de Tudela; en opinión de Lacarra, cerca del puerto del Carrascal o en otro lugar junto al límite de separación entre musulmanes y cristianos.

Carlos, desalentado tras el fracaso de Zaragoza y el humillante golpe de mano que le ha hurtado rehenes y prestigio, prosigue la marcha con sus fuerzas divididas en dos ejércitos, el primero y más numeroso comandado por él, y el segundo con la citada retaguardia, que progresa con mayor lentitud a una o dos jornadas de distancia. No hay precisión sobre la entidad de las fuerzas carolingias, de las aproximaciones de Lacarra y Menéndez Pidal, podemos deducir que cuentan con entre 3.000 y 5.000 caballeros armados y entre 6.000 y 10.000 infantes. Incluso nos orientan con otros detalles: “Los cuatro mil caballeros de la vanguardia y grueso del ejército, acompañados por el doble de infantes, en fila de tres o de dos de frente, ocuparían unos siete kilómetros de camino. La retaguardia, con sus mil caballos y sus infantes, su numeroso séquito de rehenes, y los mulos de la impedimenta, ocuparían de dos a tres kilómetros”, aventura Menéndez Pidal.

Con su ejército, tan habituado al éxito y la victoria, desmoralizado por los sucesos vividos, agobiado por el calor del Valle del Ebro, cansino y hastiado de la aventura hispánica, y asaltado por la desconfianza por el engaño vivido en Zaragoza, Carlos llega a Pamplona y “para que no pudiera rebelarse –dicen los Anales reales- destruyó sus muros”.



Parece que cuando los francos pasan camino de Zaragoza, la ciudad está en manos de gente del país, *navarros*, pero no hay ninguna referencia de quién ostenta el mando a su regreso, dada la oscilación y el frágil equilibrio de poder entre musulmanes y cristianos. Y no va a haber noticia documental sobre los pamploneses hasta el año

781, con motivo de las crónicas musulmanas sobre la operación militar llevada a cabo por Abd al- Rahman I. Pero sea quien sea quien señoree la ciudad de Pamplona, parece indudable, a decir tanto de los *Anales regios* como de los *Annales Mettenses*, entre otras fuentes, que los pobladores son navarros.

LA BATALLA

La batalla de Roncesvalles nos llega envuelta en los ecos de la leyenda, de las canciones de gesta y de sus numerosas resonancias literarias. La *Chançon de Roland*, relato épico que se ocupa del suceso, es la primera y más conocida canción de gesta europea. El Romancero nos lo cuenta con sus versos llenos de vivacidad y de frescura:

“;Mala la visteis, franceses,
Don Carlos perdió la honra,
cautivaron a Guarinos

la caza de Roncesvalles!
murieron los doce Pares,
almirante de las mares”

Pero la realidad se abre paso a través de los cronistas de la época: El 15 de agosto de 778, la retaguardia del ejército franco, comandada por el conde Roldán (*Hrōþiland* o *Hruodland*), prefecto de la marca de Bretaña (*Britannici limitis praefectus*), es asaltada por montañeses de los valles próximos, en los desfiladeros del lugar de Roncesvalles. Tras derrotar estrepitosamente a las tropas carolingias, saquean su botín, sus armas e impedimenta, y buenos conocedores del terreno, se dispersan con rapidez por los cerrados bosques de la cordillera. No hay duda histórica alguna de la veracidad del suceso. Para diversos autores, no ha sido más que una simple escaramuza, un enfrentamiento menor entre bandidos lugareños en busca de rapiña, que perpetran un audaz golpe de mano contra un ejército claramente superior en número, disciplina, capacidad y armamento, pero que ayudados por la sorpresa, la situación favorable para el ataque en los riscos de los angostos pasos pirenaicos, y la agilidad de sus fuerzas, infligen a los orgullosos soldados carolingios un inaudito descalabro.

Todavía hoy se debate el lugar exacto de la contienda así como la procedencia precisa de los atacantes, lo que no se discute es la certeza de que los hechos de Roncesvalles constituyen la primera derrota conocida de las fuerzas carolingias, el principal cuerpo militar de la Europa de su tiempo, en un momento en el que sus armas han conseguido dominar desde Hungría a Barcelona y desde el Mar del Norte al Adriático. Esa es probablemente la razón fundamental de la enorme repercusión de la noticia, tanto en las crónicas como en la Literatura.

Eginardo, biógrafo de Carlomagno que escribe cuarenta años después de los sucesos, nos deja una descripción ya clásica, en su *Vita Karoli Magni*: “Como se tuviesen frecuentes y continuas guerras con los sajones, puestas guarniciones en todos los lugares de los confines en que pareció conveniente, con el mayor aparato de guerra que pudo, marchó a Hispania, y salvados los montes Pirineos, logró la sumisión de

todas las fortalezas y castillos que encontró. Volvió con el ejército salvo y completo, a excepción del daño que al regreso, en la misma cima de los Pirineos, tuvo que experimentar por la perfidia de los vascones cuando el ejército desfilaba en larga columna, por no permitir otro modo las angosturas del lugar. Porque los vascones, emboscados en el vértice de la montaña, descolgándose de lo alto, acometieron a los del último escuadrón que servía de defensa a los que iban delante, cargados con su bagaje, y empujaron al barranco a la columna que escoltaba la impedimenta, donde viniendo a las manos, mataron a todos, sin que dejasen uno. Saquearon después el botín y el bagaje y, con suma presteza, se dispersaron por diversas partes de la montaña, amparados por la noche que ya caía. Ayudó a los vascones así la ligereza de su armamento como la configuración del lugar en que la suerte se decidía. Por el contrario, a los francos, tanto la pesadez de su armamento como la iniquidad del lugar, hizoles inferiores en todo a los vascones. En esta batalla perecieron, entre otros muchos, Eginardo, maestresala del rey, el conde palatino Anselmo, y Hruodlando, prefecto de la Marca de Bretaña. No se pudo tomar venganza entonces del asalto de los vascones, porque acabada la emboscada, los enemigos huyeron y se dispersaron de tal manera que ni siquiera quedó rastro del lugar donde podían hallarse”.

No es Eginardo el único cronista del suceso. La existencia de varios textos más, de distintas manos, en un tiempo bastante próximo a la batalla certifica la resonancia que tuvo en su época. Los más notables están recogidos en los *Anales regios* (hasta 829), *Annales Mettenses* (805), la *citada Vita Karoli Magni imperatoris*, de Eginardo, los *Annales de Gestis Caroli Magni*, del Poeta Sajón y *Vita Hludowici imperatoris*, del Astrónomo Lemosín.

Los *Annales Mettenses Priores* (Anales de Metz), recogen un texto latino, de autor anónimo, redactado hacia 805, unos 25 años después de los hechos, son los más próximos cronológicamente. No narran el desenlace guerrero, acaso para no erosionar el prestigio franco, pero sí aportan otras informaciones relevantes: «silencian el desastre, son valiosísimos por cuanto anotan expresamente la ruta seguida por Carlomagno entre Aquitania y Pamplona», escribe José María Jimeno Jurío.

Los *Anales Regios*, también anónimos, fueron escritos a los 50 años de los hechos: “Habiendo decidido volverse (a Francia), entró en los bosques del Pirineo (*Pyrenei saltu mingressusest*), desde cuyas cimas los vascones habían tendido una emboscada. Al atacar a la retaguardia (*extremun agmen*) se extiende el tumulto por todo el ejército (*totum exercitum magno tumultu perturbant*), y aunque los francos eran superiores a los vascones, tanto en armamento como en valor, lo escarpado del terreno y la diferencia en el modo de combatir los hizo inferiores. En la lucha fueron muertos la mayoría de los paladines que el rey había puesto al frente de las fuerzas. La impedimenta fue saqueada. El enemigo desapareció rápidamente gracias al conocimiento del terreno”.

El Astrónomo Lemosín, biógrafo de Ludovico Pío, nos lo va a contar como sigue: “Decidió atravesar los escarpados Pirineos, y con la ayuda de Cristo socorrer a la Iglesia que padecía bajo el cruel yugo sarraceno. Había una montaña muy alta que casi toca el cielo; una montaña de escarpadas peñas, sombría por los tupidos bosques, tenebrosos y oscuros, y con estrechos senderos que entorpecen el paso tanto de un gran ejército como de un pequeño grupo. Carlomagno consiguió franquearla con la ayuda del cielo [...] La gloria de la feliz hazaña fue gravemente mancillada por la fortuna pérfida. Terminados los asuntos que le habían llevado a España, después de la feliz marcha de retorno, surgió un contratiempo. Los hombres de la retaguardia fueron degollados en la montaña”.

Por su parte, el Poeta Sajón, un siglo después de la batalla, relata cómo el rey iba por delante y que ya había pasado los puertos cuando se produjo el ataque: “Habiendo penetrado (el rey) a su regreso en la profunda hondonada del Pirineo, cuando el ejército cansado atravesaba por los estrechos senderos, los vascones osaron poner asechanzas bajo el sumo vértice del monte. Una abominable muchedumbre de ladrones victoriosos que arrebatan el inmenso botín, matando a varios ministros palatinos encargados de custodiar las riquezas. Enriquecidos por los óptimos despojos, los ladrones huyen por senderos inabordables en medio de los bosques del profundo valle que sólo ellos conocían. Se ponen a salvo gracias a la huida y a la noche que se echaba encima. No dejaron rastro y no hubo posibilidad de represalias”.

Quedan otras crónicas del suceso, pero las citadas son suficientes para percibir la magnitud de la repercusión que obtiene entre sus coetáneos. El biógrafo de Carlomagno escribe que el rey, más tarde emperador, no se va a recuperar jamás de este desastre.

Distintos autores han discutido la localización real del lugar de la batalla, con diversas y a veces aventuradas conjeturas al respecto, aunque la mayoría de los expertos y los mejor conocedores tanto de los textos como del espacio físico del área pirenaica desechan la hipótesis de que ocurriera en la amplia llanura de Errozabal, y sitúan sus dudas entre los dos itinerarios clásicos del Camino de Santiago: el que sigue el trazado más elevado, por la antigua calzada romana, a través del collado de Lepoeder, Astobiscar, Bentarte, Leizar- Atheka, Chatêau Pignon y Orisson; o el trazado más bajo que, desde el alto de Ibañeta, por caminos escarpados, cubiertos de cerrados hayedos, conduce a través de algún angosto desfiladero, hasta Valcarlos.

Parece bastante bien fundamentada la segunda opinión, en primer lugar porque las descripciones que leemos en los cronistas de la época se corresponden, todavía hoy, con ese trazado, y en segundo lugar, porque tanto la etimología como la tradición oral y literaria, hacen de Valcarlos (el Valle de Carlos), el enclave en el que el monarca franco aguarda la llegada de su retaguardia. En el *Liber Sancti Jacobi* se sigue el relato de la Chanson en cuanto a la conquista de la Hispania musulmana por Carlomagno, a la gesta de Roldán en Roncesvalles y a la localización de la batalla. Y señala el *Vallis Karoli*

como el itinerario seguido por el ejército francés, lo que denota el uso común de ese nombre y constituye un reconocimiento explícito de la aceptación del camino de Valcarlos.

También ha sido sujeto de controversia el origen y naturaleza de los atacantes. Ya en los textos de los cronistas de la época parecen existir ciertas diferencias entre tres grupos humanos: vascones, hispano-vascones y navarros. Para los autores de aquel tiempo, vascones (*Wascones*) son los naturales de la Gascuña; los hispano-vascones (*Hispani Wascones*), pertenecen a la población del Pirineo meridional; en tanto que los llamados navarros, parecen corresponderse con los habitantes del área pamplonesa. Y los distintos analistas se decantan en el protagonismo de unos o de otros. Aunque los investigadores más prestigiosos, Lacarra entre ellos, coinciden con las fuentes francas, y señalan que desde los *Anales Regios* se apunta a navarros y/o hispano-vascones:

“Pamplilona distructa, Hispani Wascones subiugatos, etiam et Nabarros, reversusest in partibus Franciae”,

de manera similar a lo escrito en los *Annales Mettenses* (805):

“Pampilona firmissima civitate capta atque distructa, Hispani Wasconibus et Nabarris subiugatis, victor in patria, revesusest”.

Importa señalar que la denominación vascones para los pobladores del solar navarro de la época es una fórmula genérica y simplificadora, pues es bien sabido que en el tiempo de la romanización nuestra geografía es compartida por distintos contingentes humanos, que conviven, con mayor o menor concordia, en una rica mixtura de etnias y de lenguas: celtas y celtibéricos mezclados con vascones, berones, iberos..., entre otros pueblos y orígenes a los que amalgamó la cultura latina.

La mayoría de los autores, así como las fuentes de la época, coinciden en atribuir la autoría del asalto a grupos de montañeses de los valles pirenaicos: Esteribar y Erro, acaso Arce y Aézcoa. Convengamos pues que, dejando de lado teorías peregrinas o tendenciosas, la batalla pudo darse en los desfiladeros de la ruta que desciende desde Roncesvalles, tras remontar el alto de Ibañeta, hacia Valcarlos, y que sus protagonistas fueron la retaguardia del ejército franco, por una parte, y los habitantes de los bosques de la vertiente sur del Pirineo, hispano- vascones y navarros, por la otra.

Aunque lo que realmente ha hecho célebre el suceso hasta convertirlo en uno de los referentes del imaginario europeo, ha sido su resonancia literaria. Aún a mediados del siglo XX, reputados estudiosos de las letras europeas afirmaban que Roncesvalles era el lugar más citado en la historia de la literatura universal después de Troya. Sin duda, a la *Chanson de Roland*, y sus múltiples derivaciones en distintas formulaciones, idiomas y países, corresponde buena parte de la responsabilidad de esta nombradía.

LA "CHANÇON DE ROLAND" ("EL CANTAR DE ROLDÁN")

Es el primer cantar de gesta conocido en lengua romance de la Europa medieval. Aunque lo conocemos por una copia del siglo XII, existe la convicción de que fue transmitido a través de la tradición oral: Ya el "Poeta Saxo", autor de *De Gestis Caroli Magni*, informa hacia 990 de la existencia de cantos no en latín, sino en lengua vulgar (*vulgaria carmina*); acaso cantos épicos, género cultivado por los pueblo germánicos (el poeta sajón era tudesco). Y Guillermo de Malmesbury refiere cómo en 1066, durante la batalla de Hastings, el juglar Incisor Ferri o Taillefer anima a los normandos franceses cantando las hazañas de los héroes muertos en Roncesvalles:

*"Taillefer, qui mult bien chantout
devant le duc alout chantant
et d'Oliver et des vassals* *sur un cheval que tost alout
de Karlemaigne et de Rolant
qui moururent en Rencevals."*

Existe también una variante recogida por la Nota Emilianense, fechada por Dámaso Alonso (quien la encuentra en 1954 en un manuscrito de San Millán de la Cogolla) entre 1065 y 1075, donde aparecen ya citados los doce pares de Francia (*duodecim neptis*), y en la que se consignan los nombres de Roldane, Bertlane, Oggero Spatacurta, Ghigelmo Alcorbitunas, Olibero e incluso el del obispo Turpín. Y que emplaza el lugar de la muerte de Roldán en Rozaballes:

"In era DCCCXVI, venit Carlus rex ad Cesaragusta. In his habuit duodecim neptis; unusquisque habebat tria milia equitum cum lorice suis. Nomina ex his Rodlane, Bertlane, Oggero Spata curta, Ghigelmo Alcorbitunas, Olibero et episcopo domini Torpini. Et unusquisque singulos menses serbiebat ad regem cum scolice suis. Contigit ut regem cum suis ostis pausabit in Cesaragusta, Post aliquantum temporis, suis dederunt consilium ut munera acciperet multa, ne a ffamis periret exercitum, sed ad propriam rediret. Quod factum est. Deinde placuit ad regem, pro salutem hominum exercituum, ut Rodlane, belligerator fortis, cum suis posterum ueniret. At ubi exercitum portum de Sicera transiret, in Rozaballes a gentibus sarrazenorum fuit Rodlane occiso."

Así pues, el Cantar de Roldán nacido y divulgado de forma oral por juglares y recitado popularmente en cantilenas, se recoge en diversos manuscritos, en los siglos XII- XV, que han llegado hasta hoy con pequeñas variantes en versiones conservadas en Francia, España, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal, entre otros países.

El llamado manuscrito de Oxford (o manuscrito Digby 23, por formar parte del legado de Kenelm Digby, quien en 1634 donó sus libros a la Biblioteca Bodleiana de dicha universidad) está escrito en 72 páginas, de caligrafía no muy cuidada, y compuesto por 4002 versos decasílabos, agrupados en 291 estrofas, de longitud

desigual. De origen e idioma anglo- normando (francés antiguo), está fechado en el siglo XII, aunque, como se ha dicho, parece recoger versiones de al menos un siglo antes. Es el texto más completo y extenso, y el de mayor antigüedad encontrado de esta obra. Se atribuye al monje normando Turolde, ya que su nombre aparece en el verso final: "*Ci falt la geste que Tuoldus declinet*".

La Chanson está ordenada en tres partes:

- La **primera**, narra los siete años que el emperador Carlomagno ha dedicado a la cruzada contra el islam en España, durante los cuales ha liberado toda la península del yugo musulmán, a excepción Zaragoza, en manos del malvado rey Marsil. El ejército franco recibe una propuesta de sumisión de la ciudad, de dudosa credibilidad, para comprobar la cual el héroe Roldán propone que su padrastró Ganelón encabece una legación exploratoria. Ganelón recela de las intenciones de Roldán y sospecha que desea hacerlo matar con la excusa de esta misión, por lo que pacta con los infieles la fórmula para librarse del héroe, a quien envidia y aborrece. Una vez urdida la traición, las tropas de Marsil van a tener ocasión de emboscar a la retaguardia carolingia a cuyo mando, y a sugerencia del malvado Ganelón, figura Roldán acompañado por los doce pares de Francia.



- A lo largo de la **segunda**, se refiere la batalla. Cuando la retaguardia del ejército franco atraviesa los Pirineos y se adentra en las gargantas de los montes, se ve atacada por sorpresa por el colosal ejército moro. Y aunque el prudente Oliveros aconseja a Roldán que pida ayuda, este se niega: "*Haría como un necio, pues en la dulce Francia perdería mi fama*". Y ante la insistencia de su amigo, responde: "*¡No lo permita Dios*".

[...]/ *que haya un hombre en el mundo que pueda decir/ que a causa de paganos haya tañido el cuerno!*"

Roldán lucha con valor y fiereza, rodeado por la flor de la caballería francesa. Y ve morir uno a uno a los pares, enfrentados a tan crecido número de moros. Ante lo irremediable del desenlace, tañe su olifante solicitando ayuda, y es tal el esfuerzo que estallan las venas de sus sienas. Carlomagno, que juega al ajedrez con Ganelón lo oye, pero el traidor le tranquiliza. Roldán, viéndose perdido, intenta romper su espada Durandart ("¡Ah, Durandarte, qué bella eres, qué clara y brillante!") contra una montaña, pero es la roca la que se quiebra. Entonces el héroe, espejo de virtudes, muere con la mirada vuelta hacia España, y Dios lleva su alma de paladín al cielo. "Siente Roldán que su tiempo se acaba. Está vuelto hacia España, en un monte escarpado, y con la mano se ha golpeado el pecho: Dios, ante tu poder confieso mi culpa por los pecados, los grandes y los pequeños, que he cometido desde la hora en que nací hasta este día en que he sido alcanzado. Ha tendido hacia Dios el guante diestro. Ángeles del cielo descienden a él."

CLXXV

*Ço sent Rollant de sun tens n'i ad plus.
Devers Espaigne est en un pui agut;
A l'une main si ad sun piz batud:
«Deus, meie culpe vers les tues vertuz
De mes pecchez, des granz e des menuz
Que jo ai fait des l'ure que nez fui
Tresqu'a cest jur que ci sui consoüt!»
Sun destre guant en ad vers Deu tendut:
Angles del ciel i descendent a lui.*

CLXXVI

*Li quens Rollant se jut desuz un pin;
Envers Espaigne en ad turnet sun vis [...]
Sun destre guant a Deu en puroffrit;
Seint Gabriel de sa main l'ad pris.
Desur sun braz teneit le chef enclin;
Juntas ses mains est alet a sa fin.
Deus tramist sun angle Cherubin,
E seint Michel del Peril;
Ensembl'od els sent Gabriel i vint.
L'anme del cunte portent en pareïs.*

- En la **tercera**, el buen rey Carlomagno comprende, tras el desastre bélico, la naturaleza de la traición, y hace prender a Ganelón. Regresa a Roncesvalles y persigue la huida de los infieles hasta aniquilarlos junto al río Ebro. Aún debe combatir contra el emir de Babilonia, Baligante, a quien mata, para después conquistar Zaragoza y acabar con el rabioso Marsil. Una vez celebradas las honras fúnebres por Roldán, Oliveros y el arzobispo Turpín, regresa a la corte. Ganelón es sometido a juicio, niega su traición y se dispone un Juicio de Dios en el que Pinabel, representante del traidor, es abatido por Thierry de Anjou, defensor de Roldán. El pérfido Ganelón muere descuartizado. El arcángel Gabriel consuela a Carlomagno en sueños, apelando a su victoria. Entre tanto, doña Alda, esposa de Roldán y hermana de Oliveros, muere al conocer el fallecimiento de su amado.



Como se puede ver, *la Chanson*, escrita tres siglos después de los hechos, refiere muy alterados los sucesos de Roncesvalles. Transforma a los hispano-vascones y navarros en una multitud de sarracenos. Transmuta al todavía joven rey Carlos en el emperador de la barba florida. Y convierte al prefecto de la marca de Bretaña en sobrino del rey. Muestra a los personajes de forma simbólica y esquemática. Roldán representa el ideal del varón intrépido y gallardo: belicoso y gentil, fiel, con la audacia imprudente de los héroes míticos. Junto a él, su cuñado y amigo incondicional, el prudente Oliveros. Frente a ellos, el traidor Ganelón, su rival y su opuesto: felón, cobarde, rencoroso. En tanto que Carlomagno se nos presenta como un anciano bondadoso y venerable.

Así, *la Chanson* desfigura e idealiza la primera derrota conocida del ejército franco que, de ser un suceso humillante, pasa a ser presentada como un hecho heroico, a mayor honra de Francia. Personifica virtudes y defectos extremos en cada uno de los protagonistas. E inaugura de este modo la figura del héroe cristiano, símbolo de la generosidad, el valor y la honradez, paladín de la búsqueda de la justicia, el auxilio de los débiles y la defensa de la verdadera fe, que va a ser después ampliamente desarrollada, a lo largo de varios siglos, en la literatura caballerescas.

En el Archivo General y Real de Navarra se guarda una pieza fragmentaria de una canción de gesta que, conocida con el nombre de "*Cantar de Roncesvalles*", recoge en dos páginas y cien versos la aflicción de un desconsolado Carlomagno al contemplar el cadáver de Roldán, junto a los de sus compañeros Turpín y Oliveros:

“El rey cuando lo vido,
arriba alçó las manos
por las barbas floridas

oit lo que face:
por las barbas tirare;
bermeja sayllía la sangre.

<i>Exa ora el buen rey</i>	<i>oit lo que dirade.</i>
<i>Diz: Muerto es mío sobrino,</i>	<i>el buen don Roldane,</i>
<i>Aquí veo atal cosa</i>	<i>que nunca vi tan grande,</i>
<i>jo era para morir</i>	<i>e vos pora escapare.</i>
<i>Pues vos sodes muerto</i>	<i>Françia poco vale.”</i>

Las diferencias respecto a *la Chanson* de esta pequeña pieza, sus coincidencias con otra de origen provenzal, y ciertos rasgos lingüísticos propios del romance navarro, inclinan a algunos especialistas a considerarla como una versión española, de final del siglo XIII, probable copia de un original anterior, y posiblemente escrita en la Navarra medieval.

La fuerza de la leyenda atrae materiales que, nacidos de fuentes periféricas, afluyen a su alrededor aportando luces y sombras que complementan la narración principal. Es notable la tradición que hace de Roldán no sobrino, sino hijo de Carlomagno, nacido de la relación incestuosa del rey con su hermana Giselle (quien llegaría a ser abadesa de Chelles). Un apunte mítico y oscuro que acaso desvela el origen del odio de su padrastro. Tampoco deja de tener interés el relato narrado en la *Karlamagnussaga* (siglo XIII) sobre el origen del cuerno de Roldán, robado al príncipe Guitalín, el sajón, y que pudiera no ser un olifante sino un cuerno de unicornio. O las malas artes utilizadas por Roldán para derrotar al gigante Ferragut, narradas en el Pseudo Turpín y esculpidas en piedra románica en Estella. Y es significativo que las dos historias que dejan malparada la figura del héroe francés tengan su origen en los territorios enfrentados a Carlomagno: Sajonia y Navarra.

Por lo demás, la capacidad de sugestión de *la Chanson* se extiende y ramifica en densas oleadas por siglos y países distintos. En italiano deben recordarse el *Orlando innamorato*, *Orlando enamorado* (1486), de Matteo María Boiardo, traducido al castellano en 1555; y el épico *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto (1516), cuya traducción al castellano, de la mano de Jerónimo de Urrea, en 1549, conoce diecinueve ediciones; entre muchos otros. Y en español, la *Historia del emperador Carlo Magno, y de los doze pares de Francia, e de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás rey de Alexandria, hijo de Almirante Balan*, traducción, impresa en Sevilla en 1525 y reimpressa varias veces, de una versión en prosa francesa del siglo XV, del cantar de gesta francés *Fierabrás* (el de feroces brazos) del XII: *Fierabras le géant*, de Jean Bagnion (Ginebra, 1478), traducida por Nicolás Gazini de Piemonte, impresor italiano que se establece en España en el primer cuarto del s. XVI. De la misma manera que la serie de romances que se divulgan como pliegos de cordel con el nombre genérico de Carlo- Magno (*Fierabrás*).

Capítulo aparte de la frecuente presencia de la Materia de Francia en el Romancero y en los corrales de comedias de la segunda mitad del XVI, es el de los derivados en España de los “Orlandos”, de Boiardo y, sobre todo, de Ariosto. Interesa citar, entre otros, al valenciano Francisco Garrido de Villena, traductor del *Orlando innamorato* de

Boiardo (Los tres libros de Mattheo Maria Boyardo conde de Scandiano, llamados Orlando Enamorado), y compositor del poema épico *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los doce pares de Francia* (1555). En la misma línea, y presentado como continuación del Orlando ariosteo, se edita en Zaragoza, en 1555, la *Segunda parte del Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los Doce pares de Francia*; catorce mil versos en octavas reales, obra del también valenciano Nicolás de Espinosa. O el *Libro de Orlando determinado: que prosigue la materia de Orlando el Enamorado*, compuesto por Don Martin de Bolea y Castro, conde de Las Almunias (Zaragoza, 1578), tan elogiosamente glosado por Bartolomé Leonardo de Argensola. Y, naturalmente, *La Lyra Heroica*, del médico y poeta toledano Francisco Núñez de Oria: *Doctoris Francisci Nunnii ab Oria. Lyrae heroycae libri quatordecim...* (Salamanca, 1581); dividida en 14 libros y dirigida a lectores cultos, pues que va redactada en medidos hexámetros latinos, con prólogo del humanista Juan López de Hoyos.

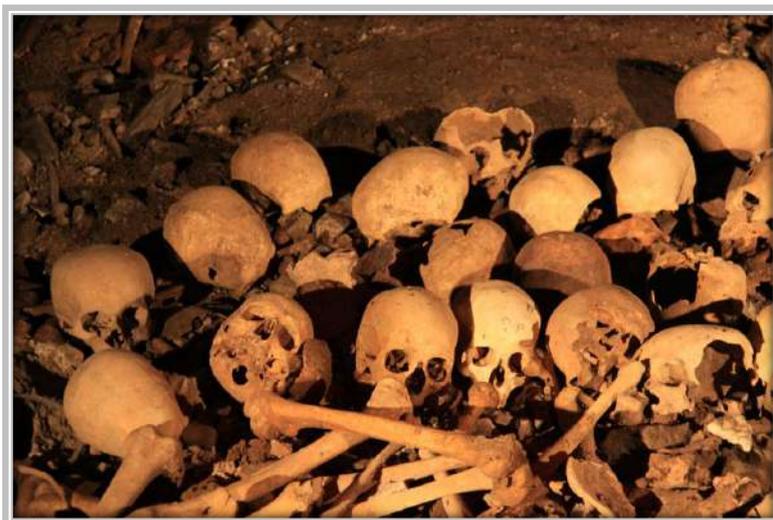
Todos ellos de innegable raíz literaria itálica, ofrecen una nueva versión de la batalla de Roncesvalles en la que el héroe español Bernardo del Carpio es quien se enfrenta y derrota al francés invasor Roldán. Enmarcadas por algunos especialistas en las llamadas *Caroleidas* (obras de apología de la estirpe de Carlos V desde sus orígenes míticos), llevan a los versos el espíritu del enfrentamiento que viven en su momento las naciones francesa y española, a la vez que cantan la preminencia de España sobre todas las naciones. La misma atmósfera que se encuentra en el renombrado poema *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles* (1624), de Bernardo de Balbuena, que en 24 libros y 40.000 versos, en octavas reales, compendia y engrandece, los relatos sobre Bernardo del Carpio recogidos en el Romancero.

Toda Europa vibra con las resonancias rolándicas. Alemán, francés, italiano, español... En portugués, la *Segunda parte da Historia do Imperador Carlos-Magno e dos doce Pares de França*, de Jerónimo Moreira de Carvalho, o la *Historia nova do Emperador Carlos Magno, e dos doce pares de França*, de José Alberto Rodrigues. O muchas más.

Roldán ha quedado investido ya de un halo mitológico y aparece en tantos lugares como libros. Recordemos el *Orlando*, de Virginia Wolf, o la frecuencia con que en el área de Roncesvalles y Valcarlos aparecen, salpicando pasos, peñas y lugares, las alusiones a los héroes de la batalla en la toponimia regional.

Sin extendernos en exceso, merece la pena citar la tradición, recogida y publicada en el siglo XVII, de que la cripta-osario de Roncesvalles es una construcción de los soldados de Carlomagno para enterrar a sus compañeros muertos en el combate. O recordar cómo Domenico Laffi asegura que Roldán está enterrado bajo el altar de la colegiata. Y que viajeros y peregrinos franceses han comprado y robado en más de una ocasión huesos considerándolos reliquias. En el año 1934, centenario del descubrimiento del manuscrito de la *Chanson*, se excava en las ruinas de la llamada

capilla de Carlomagno, en Ibañeta, donde se encuentran “doce esqueletos completos, aunque con los cráneos destrozados los más, en posición de reposo eterno, los brazos cruzados sobre el pecho...” La noticia adquiere tal resonancia que es publicada en más de 700 periódicos de todo el mundo. Nadie duda en ese momento de que sean los restos de los doce pares de Francia, que van a ser depositados después, cuando las investigaciones concluyen, datándolos en fechas posteriores a la batalla, en el osario de Roncesvalles, llamado popularmente el Silo de Carlomagno.



Sobre la etimología de Roncesvalles, escritores franceses han propuesto su origen en *Roncevaux*: Valle de las espinas (*ronce*: espino, zarza), o *Rosevaux*: Valle de las rosas (*rose*: rosa), tan literarias rosas como improbables espinas. Destacados historiadores españoles encuentran un parentesco evidente entre el lugar en el que la leyenda sitúa la batalla, la llanada de Errozábal, y el nombre con que aparece en las viejas canciones: Rozaballes.

Sería interminable la cita, siquiera sucinta, de las principales referencias a la “Materia de Roncesvalles”. Recordemos las voces de dos de los poetas románticos: el alemán Heinrich Heine: “Roncesvalles, valle noble, si escucho tu nombre en mi corazón se abre y da perfume la flor azul olvidada de la leyenda”, y el español Gustavo Adolfo Bécquer: “Este es el Roncesvalles de las caballerescas crónicas; este es el Roncesvalles de las maravillosas tradiciones, este, en fin, el Roncesvalles de nuestros poetas del Romancero”. Y, claro, en el Romancero Viejo, evoquemos los versos del Romance de Doña Alda:

*“En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para bien la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era doña Alda,
que era la mayoral;*

.....

*Otro día de mañana
cartas de fuera le traen:
tintas venían por dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldán era muerto
en caza de Roncesvalles.”*

RELIGIÓN Y POLÍTICA CAROLINGIA. APARICIÓN DEL APÓSTOL SANTIAGO

Es de notable interés el surgimiento en la época del todavía incipiente reino asturiano de un movimiento herético, alrededor del año 780. Es llamado adopcionismo, y alumbra una querrela de índole teológica alrededor de diversos núcleos de la iglesia hispánica, entonces bajo el poder del islam. Parece ser que el responsable principal de formular esta nueva doctrina es un fraile de Urgel, llamado Félix, que pretende de esta manera hacer comprensible el complicado misterio de la Trinidad tanto a fieles de la religión judía como de la mahometana y, especialmente, a cristianos islamizados.

Según Félix, Cristo, en cuanto hombre, es solo hijo adoptivo de Dios Padre. Y cuando el monje es investido como obispo de Urgell mantiene los principios de su doctrina, bajo los cuales redacta su Confesión de Fe.

El debate entre los partidarios de esta nueva teoría y los defensores de la ortodoxia romana, se enciende y se propaga. Carlomagno, informado de tales extremos, intenta sacarles partido para enemistar a la Iglesia de los territorios bajo dominio franco con la jerarquía toledana, ya que desde la diócesis primada, el metropolitano Elipando ha convocado un concilio mozárabe, que se reúne en Sevilla en 784, y se ha decantado por la aceptación de la doctrina adopcionista. Aunque los cronistas árabes coinciden en considerar a Pamplona como territorio cristiano en todos sus escritos a partir de 781, no está consignada la presencia episcopal en estos años ni queda constancia de la

asistencia de ningún obispo navarro a este concilio. No podemos intuir, por tanto, la postura adoptada por la iglesia pamplonesa en esta polémica de índole religiosa pero con trasfondo político.

A ojos del naciente reino de Asturias, este suceso de raíz religiosa se presenta como una excelente oportunidad para marcar las diferencias entre la Iglesia ovetense y la sometida a los musulmanes. Y esto hace coincidir el interés asturiano con el de la Iglesia occidental y, por supuesto, con el soberano franco que representa en este tiempo la encarnación secular del cristianismo europeo. Por tanto, la querella adopcionista va a ser la base que propicie un acercamiento entre astures y carolingios.

Con el apoyo decidido del obispo de Osma, Eterio, refugiado en Asturias, y de la corte, un desconocido monje del monasterio de San Martín de Turienzo (hoy Liébana), llamado Beato, va a redactar unos textos de inusitada brillantez dialéctica y arrebatada radicalidad teológica enfrentados a las tesis adopcionistas y, por tanto, al obispo primado Elipando, es decir, a Toledo. Cuando el presbítero lebaniego y el obispo de Osma, redactan y hacen pública la profesión de fe en los dos volúmenes de su *Apología (Apologeticum adversus Elipandum)*, crean un hito en las letras del siglo VIII, pero además, a la vez que refutan la nueva herejía, afirman una postura de independencia jerárquica de la Iglesia asturiana respecto a la toledana, y no solo eso, sino que también sitúan a las doctrinas defendidas por los asturianos en la línea de la sede de Roma y, en consecuencia, en un plano de evidente preeminencia dogmática sobre la Iglesia mozárabe.

En este contexto, el mismo Beato de Liébana va a redactar y hacer pública una de las obras de mayor éxito en la literatura de la Edad Media: los Comentarios al Apocalipsis (*Commentarium in Apocalypsin*), dedicados a Eterio de Osma, que va a ser reproducida por los copistas monásticos e iluminada por los miniaturistas medievales una y otra vez a lo largo de varios siglos. Y es en este texto en el que aparece citada por primera vez la presencia evangelizadora del apóstol Santiago el Mayor en la península ibérica y en el que se invoca, también por vez primera, el patronazgo del apóstol sobre Hispania, en un himno que el autor compone en honor de su rey, Mauregato:

*“Petrusque Romam, frater eius Achajam,
Indiam Thomas, Levi Macedoniam,
Iacobus Iebus, et Aegyptum Zelotes,
Uartholomaeus tenens Lycaoniam
Mathias Pontum, et Philippus Gallias.
Magni deinde filii tonitruui,
Adepti fulgent prece Matris inclitae*

*Utrique ritae culminis insignia:
Regens Joannes dextram solus Asiam,
Ejusque frater potitus Hispaniam.”*

*“Pedro ilumina Roma, su hermano Acaya,
Tomás la India, Mateo (Leví) Macedonia,
Santiago Jerusalén y Simón (Zelotes) Egipto,
Bartolomé Licaonia, Judas Edesa,
Matías Judea y Felipe en la Galia;
Después, los grandes hijos del trueno
resplandecen, habiendo alcanzado, a ruegos de su
ínclita Madre,
ambos con todo derecho los honores supremos,
gobernando sólo Juan el Asia, a la derecha,
y su hermano habiendo conquistado Hispania.”*



*“O vere digne sanctior Apostole
Caput refulgens aureum Hispaniae!
Tutorque nobis, et patronus vernulus,
Vitando pestem, esto salus coelitus:
Omnino pelle morbum, ulcus, facinus.”*

*“¡Oh apóstol santísimo y digno de alabanza,
cabeza refulgente y dorada de Hispania,
defensor nuestro y patrono nacional,
sé nuestra salvación celeste contra la peste
y aleja de nosotros toda enfermedad, llaga y
maldad!”*

EL DESPERTAR

Sabemos por los cronistas de al-Andalus de la existencia de núcleos de resistencia en las regiones pirenaicas cada vez mejor organizados y encabezados por caudillos capaces, lo que hace pensar en cierta estructura política y social. En el año 781, Abd al-Rahman I se ve obligado a mandar una expedición de castigo contra las fuerzas lideradas por Jimeno el Fuerte, en territorio navarro, y por Ibn Belascut, en el aragonés, a quienes somete a su obediencia y obliga a comprometer el tributo correspondiente.

Jimeno el Fuerte, o el Tiñoso, es uno de los primeros nombres que aparecen en los textos árabes para designar a uno de los magnates del Pirineo Occidental. Representa, sin duda, a uno de los linajes cristianos pertenecientes a los propietarios locales a los que el nuevo poder musulmán reconoce autoridad sobre la población indígena, con los que se pactan los acuerdos de capitulación, a quienes se delega la recaudación de tributos, y de cuyas familias se toman rehenes como garantía. Seguramente unidos por lazos familiares con la nobleza aragonesa y las grandes familias muladíes del Ebro, unos y otros descendientes de estirpes ligadas por antiguos pactos de vecindad, parentesco y fidelidad entre iguales.

En opinión de ciertos autores, Jimeno aparece como el caudillo del primer movimiento organizado de la incipiente independencia del territorio navarro. Parece

que sus dominios se sitúan en el costado nororiental de Navarra, en la raya de Aragón, a medio camino entre Pamplona y el solar de los cerretanos, correspondiente con la actual merindad de Sangüesa. De las informaciones de la época, se puede deducir que no es franco ni tampoco gascón, y que se mueve con total autonomía por los accidentados parajes que abarcan los cursos de los ríos Aragón e Irati, más o menos los valles pirenaicos y prepirenaicos de Roncal, Almiradío de Navascués, Urraúl y Aézcoa, con el valle de Salazar como punto central, y sus naturales, los *sirtanniyun*, estudiados por Martín Duque, como leal fuerza de choque en la que apoyar sus movimientos estratégicos.

Se ha publicado, con la natural prudencia por la inconsistencia de algunas fuentes, que Jimeno el Fuerte puede haber sido el tronco del que nacen las dos ramas que encarnan a las dinastías que van a disputar el dominio del nascente reino pamplonés: los Íñigo o Arista, y los Jimeno. Como abuelo de Íñigo Íñiguez, o Íñigo Arista, primer rey de Pamplona, y como antecesor de Sancho Garcés I.

Parece plausible que Jimeno encabece las tropas vasconas que prestan apoyo en la confrontación del duque Guillermo de Toulouse, en 793, con Abd al-Maliq, así como en la defensa del rey asturiano Alfonso II el Casto, frente a las algaras de castigo musulmanas destacadas hacia el norte de España en los veranos de 792 y 795, lo que da fe de que en estos años finales del siglo VIII existe un grupo estructurado políticamente, con un caudillo que concita confianza y fidelidad entre los demás magnates territoriales, y que representa un núcleo de independencia en la vertiente suroccidental de la cordillera pirenaica. Y no solo eso, ya que, además, personaliza el comienzo de una línea dinástica de transmisión del poder local, porque aparece junto a sus dos nietos, Íñigo y Fortún, presentándolos de forma inequívoca como sus herederos y sucesores. Joaquín Arbeloa alude al temprano protagonismo guerrero de estos jóvenes: “no es improbable que en el trienio 793-795, Íñigo, el futuro primer rey de Navarra, ya bordeando los veinte abriles, capitaneara las fuerzas vasconas que acudieron en ayuda del conde Guillén de Toulouse y de Alfonso II el Casto de Oviedo”.

LA MARCA HISPÁNICA.

Si bien el fracaso de Zaragoza y la derrota de Roncesvalles han hecho desistir a Carlomagno de sus proyectos imperiales respecto a los territorios peninsulares, los conflictos del emirato y el apoyo de la todavía influyente aristocracia visigoda van a animarle a una política de acuerdos y de control militar con las áreas fronterizas cispirenaicas. Ya sin la ambiciosa proyección buscada en 778, pero con unas medidas más cautas y firmes, en pocos años va a conseguir recibir la fidelidad de los señores de la vertiente suroriental de la cordillera.

Es posible que el rey franco actúe en connivencia con el califato de Bagdad, el otro enemigo declarado del emirato Omeya de Córdoba, puesto que es bien sabida la

relación diplomática entre las dos cortes, de la que queda testimonio por los originales y exóticos regalos con los que, entre 797 y 801, Harún al Rashid obsequia a Carlomagno: un elefante asiático, de color blanco y de nombre Abul- Abbas, y una sofisticada clepsidra.

El primer movimiento de este avance hacia el sur lo protagoniza Gerona, que es conquistada, o se entrega voluntariamente, en 785, ante la presencia de las tropas de Luis, hijo de Carlomagno. La ciudad queda anexionada de forma permanente y desde ella se va a controlar buena parte del litoral catalán. Pero la presión franca continúa y, poco a poco, los pobladores de las comarcas de la Cerdaña y de Urgel inician un levantamiento de insumisión hacia Córdoba, para cuya consolidación se infeudan al rey franco mediante un compromiso de fidelidad. En 795, la frontera se ha extendido, y ya Gerona, Cerdaña, Osona y Urgel se han integrado en una unidad que evoca el antiguo ducado de Septimania.

La airada reacción de las tropas de Hixam I, cruzando los Pirineos y asolando tierras francas, confirma a Carlomagno en su idea de controlar las ciudades fronterizas y los principales pasos de montaña con guarniciones que aseguren su dominio efectivo. Y en una serie de rápidas campañas, con la colaboración incondicional de la nobleza local y el apoyo interesado de ciertos gobernadores musulmanes desafectos al emir, va a hacerse con Vic y Carmona, Pallars y Ribagorza, Lérida, Huesca, Barcelona y Tortosa, una extensa franja en la antigua provincia Tarraconense, con límite en la desembocadura del Ebro, que va a ser conocida como La Marca Hispánica. Hacia Occidente, en la antigua Jacetania, el rey Carlos impone a un hombre de su confianza, el conde Areolo, para la tarea de vigilancia de frontera en la proximidad de la poderosa ciudad mahometana de Saraqusta, de amargo recuerdo para él y sus tropas.

De este modo, en un área de origen poblacional diverso y confuso sistema administrativo, que se va configurando en la forma de pequeños condados vasallos, considerados parte de su imperio, consigue una franja que hace de colchón entre el mundo franco y al-Ándalus.

Como se ha dicho antes, la iniciativa es no solo militar, sino también diplomática y religiosa. Se estrechan las relaciones con la nobleza local. Se convocan varios concilios: Ratisbona (792), donde el obispo Félix es condenado y obligado a retractarse; Francfort (794), en el que a pesar de la presión ejercida por la jerarquía obispal mozárabe sobre sus homónimos de la iglesia gala, Félix, que se ha refugiado en tierra musulmana, vuelve a ser condenado; y Aquisgram (799), cuando, con apoyo del papado, se refuta de manera definitiva el adopcionismo y se procede a detener a Félix de Urgel, que queda confinado en Lyon hasta su muerte. En franca confrontación con la jerarquía mozárabe, la iglesia franca, dirigida por el primado Alcuino de York, lanza una intensa operación de evangelización y de propaganda que concluye con la ruptura de la Iglesia de la Marca de la jerarquía toledana y su nueva dependencia de la diócesis de Narbona.

LA GÉNESIS DEL REINO

Parece que tras el desastre de Roncesvalles ha mejorado la valoración que se tiene de los vascones en la corte carolingia. El biógrafo de Ludovico Pío relata que cuando el joven príncipe es presentado por su padre ante la dieta de Paderborn, viste, siguiendo el consejo del rey Carlos, a la manera de los vascones: “con traje corto y redondo, enseñando las mangas de la camisa, cubiertas las piernas, sujetas las espuelas en el calzado y llevando una jabalina en la mano”. Es 785, apenas han pasado siete años desde la derrota. Y nada parece casual. El primogénito de la monarquía se muestra, en su primer acto público ante la corte, con un gesto de cordialidad hacia los que pretende incorporar como súbditos a su reino.

Y es que, en Pamplona, hay un momento en que los vientos parecen soplar a favor de Carlomagno. El 30 de septiembre de 788 ha muerto en Córdoba, a los cincuenta y nueve años, y después de un largo reinado de treinta y dos, Abd al-Rahman I. Y en posible relación con ello, unos años más tarde, en 799, probablemente con apoyo económico y militar carolingio, un levantamiento del sector profranco de la población indígena acaba con el gobernador Mutarrif ibn Musa (“pillaron a traición a Mutarrif ibn Musa y lo asesinaron”, cuenta Ibn Hayyan) y entrega el poder a los partidarios de la sumisión a los francos. Así lo narran los Anales de la corte: “En Hispania, los navarros y pamploneses, que en tiempos anteriores se hallaban confabulados con los sarracenos, fueron recibidos en la fidelidad de Carlomagno”. Pero es solo un breve espejismo. Al poco tiempo, la ciudad se muestra no solo desafecta sino hostil al poder franco y ya en 803, está bien documentado el dominio de la ciudad y su comarca por un miembro de una de las estirpes dominantes en la zona, los Íñigo o los Arista.

El poder pamplonés, en alianza de conveniencia con los Banu Qasi, señores del Ebro, va a intentar sostenerse en una posición de autonomía, basculando frente a los dos vigorosos reinos que le flanquean al norte y al sur. Hasta que la agresividad del emirato desequilibra esta situación e inclina a los gobernantes de la ciudad a acogerse al patronazgo franco. En 812, Luis el Piadoso remonta la cordillera pirenaica al mando de una poderosa hueste y se hace con la plaza cuyas murallas han quedado muy dañadas tras la incursión de 778. Reduce las defensas de la ciudad, y prende a varios representantes de la nobleza local. Una vez sometidos los linajes destacados con la toma de rehenes, impone un gobernador de su confianza, el conde gascón Velasco.

Leamos la crónica de la corte franca: “Llegado el estío y convocado el pueblo en asamblea general, les retuvo el rumor que llegó a sus oídos de que cierta parte de los vascones, con anterioridad recibida mediante capitulación, se había sublevado con una traición meditada, y la pública conveniencia pedía acudir a reprimir su pertinacia. Procedió consiguientemente a mover y disponer el ejército. Vino a la ciudad de Dax y mandó presentarse a los que iniciaban la infidelidad. Pero resistiéndose a venir, avanzó hacia ellos y permitió saquear *manu militari* todo lo suyo. Al fin, destruido cuanto

parecía pertenecerles, vinieron suplicantes y, perdido todo, obtuvieron la extraordinaria merced de ser perdonados. Habiendo subido por difíciles pasos los Alpes Pirineos, descendió a Pamplona, permaneciendo allí el tiempo que le pareció, y ordenando cuanto conducía tanto a la conveniencia pública como a la privada. Pero cuando hubo de volver por las estrechuras de los mismos montes, los vascones siempre inclinados a poner en práctica su nativa y usada costumbre de engañar, son asegurados con prudencia y evitados con cautela, pues mientras uno de ellos se lanzó a provocar fue cogido y colgado, a casi todos los demás se les cogieron sus mujeres y sus hijos, siendo conducidos con nosotros hasta que sus fraudes ningún daño pudieran ocasionar el rey ni al ejército”.

Parece que Luis instala en Pamplona una administración dependiente que pone en manos del Balask al-Galasqi (Velasco) de las crónicas andalusíes, quien inicia una relación de alianza con la corte ovetense, que se mantiene tras la muerte de Carlomagno en 814. Pero una vez más, la tutela franca tiene una duración efímera. En 816, las huestes de Abd al-Karim ibn Mugith derrotan a la coalición de pamploneses y asturianos a quienes apoyan refuerzos llegados de Gascuña.

No está bien definida la localización de la refriega, que diversos autores sitúan entre Miranda de Ebro y el desfiladero de Pancorbo, donde parece que se dan los combates finales, interrumpidos por una violenta crecida del río Oroncillo que fuerza el repliegue musulmán. Sí queda noticia cierta de su desarrollo y cronología por los cronistas del emirato, que reflejan un descalabro cristiano, que parece exagerado a tenor del resultado final, desfavorable para ambas fuerzas contendientes. Refieren la muerte de muchos cabecillas, entre los que destacan a García, hijo de Lupo, casado con la hermana del rey asturiano Bermudo I el Diácono (que había abdicado en 791), y a Sancho, descrito como “el mejor caballero de Pamplona”.

Pero el descontento de la aristocracia local no se ha refrenado; al contrario, aprovechando el levantamiento general de la Gascuña contra Ludovico Pío, los navarros derrocan a Velasco y reponen a Íñigo Arista como señor de Pamplona, en el año 816. Este suceso constituye, en opinión de Leví-Provençal, Pérez de Urbel y otros muchos estudiosos, el momento cierto que inaugura el reino de Pamplona.

VASCONES. PAMPLONESES. NAVARROS

Si es diáfana la etimología de la voz Pamplona, si es ignoto el origen de la palabra vascón, la procedencia del vocablo Navarra ha despertado innumerables teorías. En la imposibilidad siquiera de enumerar todas, citaré las más repetidas. La clásica, que enuncian Nebrija y Johannes Vasaesus (*Chronici rerum memorabilium Hispaniae*), se funda en que “los españoles llaman navas a unas superficies llanas de terreno, desprovistas de árboles, que están, sin embargo, rodeadas de selvas, de arbustos y de matorrales...”. La vasca, que ha contado con numerosos seguidores, Garibay entre

ellos, afirma que Navarra procede de la unión del vocablo español, nava, y el vasco *erría*, es decir, tierra o lugar de llanura. Y a esta explicación se acogen desde el padre Moret al padre Mariana o Yanguas y Miranda. O el mismo Oyenart, que afirma que la voz nava, con idéntico significado, pertenece a la lengua de los vascos. Michelena (“el furor etimológico ha sido siempre una señalada característica nuestra (de los vascos)”), distingue naba, nabar, nafar... Y Arturo Campion la inviste de un sentido étnico.

Un breve texto de José Yanguas y Miranda da cumplida cuenta de esta teoría: “El nombre de Navarra comenzó a introducirse en los últimos tiempos del señorío de los godos en España, en que reducidos los vascones a lo más fragoso del Pirineo, comenzaron a distinguir la región montañosa de la tierra llana, llamando a ésta *Nava*, que suena llanura rodeada de montañas, y de la palabra *erri*, que significa tierra o región, se formó la de *Navaerriy* después la de Navarra”.

La voz juiciosa de Julio Caro Baroja señala que “Navarra fue primero un país pequeñísimo, como lo fue Castilla, y sobre esto...Navarra no era una tierra llana y ancha, sino todo lo contrario, un país montuoso y quebrado”. Por tanto, siempre según Caro Baroja, apoyado en la presencia de numerosos topónimos como Navascués, Napal, Navazato, Navarrete, Navaridas, Navarri, Nabarniz o Navardum, “desde un punto de vista geográfico, viene a significar algo semejante a sierra” y, con la sospecha de un posible origen celta del vocablo, apunta que “los navarros podrían ser algo así como los serranos, o constituirían una unidad étnica gentilicia, una fracción de los antiguos vascones, con nombre correspondiente a un epónimo”. Añadamos a lo dicho que “nava”, a decir de los filólogos, antes que romance o vasca, es voz prerromana, documentada no sólo en las áreas de lengua castellana o vasca, sino también en amplias regiones alpinas y en otros territorios romanizados.

Etimologías aparte, lo cierto es que en los textos romanos ese conjunto misceláneo conformado por los habitantes del solar navarro aparece citado con el nombre genérico de vascones. Y así continúa en época visigoda, cuando empieza a alternarse con el apelativo de pamploneses. Después de la llegada del islam, empieza a apuntarse una diferencia cada vez más nítida entre los vascones (vascos transpirenaicos), los hispano- vascones (cispirenaicos), y los navarros. Porque, aunque hay autores que señalan una aparición más antigua, es a final del siglo VIII cuando se documenta de manera explícita y repetida el nombre de navarros que, para diversos especialistas, se va a utilizar para designar al sector de vascones que viven en los territorios aledaños a Pamplona.

A partir del año 778, después de la derrota de Roncesvalles, la alusión en los textos francos se multiplica y se puede observar que, tanto el término “vascones” como el de “navarros”, aparecen con gran frecuencia próximos, en ocasiones como sinónimos, en otras, con la interpretación ya citada que va a asignar a los vascones a las estribaciones montañosas y a los navarros al área de influencia de la *civitas* pamplonesa. En los anales francos de la época aparecen una y otra vez los términos *Navarroiz* y

Pampelunois o *Navarri* y *Pampilonenses* como sinónimos. Y Risco escribe cómo, tras la invasión musulmana, se evidencia la división entre los de Pamplona y sus comarcas: *navarros*, y los del Pirineo que retienen su nombre primitivo. Vicens Vives cuenta que: “Defendiendo duramente esta independencia frente a musulmanes y carolingios, este pueblo afirmó su personalidad y le dio una estructura política en el reino de Pamplona, eslabón intermedio entre la tribu de los navarros y el reino de Navarra”.

Lo cierto es que entre el siglo VIII y el IX la voz navarros se va reiterar cada vez más, alternando con la de pamploneses y la de vascones, y poco a poco, la denominación vascones se eclipsa. Lacarra y otros autores recogen este cambio gradual y nítido, que Caro Baroja resume como sigue: “Hasta el siglo IX, suenan los vascones en crónicas y anales: suena también, como sonó durante el periodo primero de la Edad Media, el nombre de Vasconia o Wasconia que, a veces, se pluraliza, hablándose de una Vasconia española y otra que le es frontera, más allá de los Pirineos: la Gascuña o Gascogne de nuestros días. Pero de modo rápido, allá por el siglo IX, los vascones se esfuman y aparece, primero, un rey de Pamplona que después es rey de Navarra, título que perdura”.

En todos los estudios de la época se mantiene un notable grado de imprecisión sobre la extensión y los límites del territorio dominado por estos primeros navarros. En principio, se les asignan los que están sujetos a la autoridad del caudillo montañés Jimeno el Fuerte. Aunque es importante señalar que la mayoría de los autores se muestran seguros de que Pamplona y los territorios adyacentes constituyen el núcleo principal, ya que se repite la afirmación de que Pamplona es la fortaleza de los navarros. La ciudad, todavía con las heridas en sus fortificaciones, vulneradas por la expedición de Carlomagno, y laboriosa pero pobremente reconstruidas, sigue siendo el lugar de donde emana el prestigio y, por tanto, el enclave que unos y otros -francos, andalusíes, navarros, Banu Qasi- se esfuerzan en controlar.

Es interesante la afirmación del Príncipe de Viana, que asigna a estos navarros lo que llama la “antigua Navarra”: “e llámase la antigua Navarra estas tierras; son a saber las cinco villas de Goñi, de Yerri, Valdelana, Améscoa, Valdegabol, de Campezo a la Berrueza, e Ocharan; en este día, una grant peña, que está tajada entre Amezcoa, Eulate, é Valdelana, se clama la Corona de Navarra; e una aldea, que está al pie, se llama Navarín”.

José María Lacarra, el autor más prestigioso en lo referido a la Navarra medieval, ha dejado escrito a este respecto que probablemente en el nombre de navarros se incluye a todos los pobladores de lo que hoy constituye la zona media de Navarra.

Es decir, que en el final del siglo IX, los naturales de este reino naciente dejan de llamarse vascones y adquieren el nombre de navarros, que les acompaña hasta hoy.

EL NACIMIENTO DE UN REINO. RELACIÓN CON LO CAROLINGIO

ÍÑIGO ARISTA. REY O CAUDILLO

LOS COMIENZOS

En el solar navarro, de entre las distintas familias poderosas que detentan cierto grado de señorío sobre los habitantes de sus respectivos territorios, va a emerger, en la frontera entre los siglos VIII y IX, una estirpe y un individuo dotado para acaudillar un movimiento de largo aliento. El linaje de los Íñiguez, en la persona de Íñigo Arista, impulsa el nacimiento del reino de Pamplona. Miguel Ilarri lo refiere como sigue: “Una agrupación de familias con organización gentilicia, dentro de la cual el jefe de familia es tanto más poderoso cuanto más extenso es el territorio de las propiedades de la familia, y el número de sus rebaños. Si a esta familia de propietarios se añade el número de servidores que desde los tiempos más remotos ha tenido hasta la sociedad más patriarcal, se cuenta ya con una organización social dirigida por un caudillo. Una agrupación de caudillos para mejor defender sus intereses comunes, llevaría a la elección de un caudillo superior a todos. Ese fue el caudillaje que se otorgó a Íñigo Arista, como antes parece que lo tuvo Ximeno *el Fuerte*”.

Tuñón de Lara y sus colaboradores advierten de la grave dificultad que se le ofrece al investigador para evaluar este periodo del nacimiento del reino, a causa de lo fragmentario de las fuentes. Dificultad a la que se añade que “las crónicas reales asturianas procuran desconocer la realidad de un reino independiente en Pamplona que contradice gravemente la pretensión de la dinastía alfonsí de ser la única y legítima heredera de la monarquía visigoda de Toledo [...] No obstante, está fuera de toda duda que la evolución del naciente Estado pamplonés en estos años primeros iba a resultar decisiva para el futuro. Para una correcta comprensión de la historia navarra en esta época, sin duda hay que tener en cuenta la evolución del poder en la zona del Ebro de los Banu Qasi, los comienzos de la expansión asturiana en la zona castellana y del alto Ebro hasta el área alavesa, y la situación interna en la misma Navarra [...], cuya estructura política entonces debía estar constituida, en lo esencial, por grupos familiares cuyo potencial socioeconómico y también político se ejercía con particular intensidad en determinadas zonas [...] Los Arista debían ejercer una cierta supremacía debido a su estrecha relación con los Banu Qasi y a su dominio, intermitente en un principio y enseguida consolidado, sobre la ciudad de Pamplona”.

Estos grupos familiares son, según las opiniones más fundadas, herederos de los linajes hispanorromanos, propietarios unos de dilatados territorios de cultivo en los somontanos pirenaicos y las llanuras de las anchas vegas fluviales de la zona media, y explotadores otros de numerosas cabezas de ganado ovino, caballar, vacuno y porcino en los extensos pastos de las estribaciones boscosas de la montaña. No son estirpes

aristocráticas ni guerreras, sino agricultores y ganaderos que han sobrevivido a los vaivenes de la historia y se han sabido acomodar consecutivamente al dominio romano, visigodo y musulmán. Gentes de un mundo rústico que episódicamente se han agrupado en tareas de defensa de sus propiedades y su clientela, pero que en este punto, ven la ocasión de adquirir un grado de independencia mucho mayor frente a las presiones de los poderosos vecinos que les flanquean.

En la escasez de noticias que nos han llegado de ese tiempo de entresiglos, apuntadas en las crónicas cordobesas y los anales francos, dada la indiferencia cuando no el menosprecio de las fuentes asturianas, se insinúa una posible biografía de Íñigo Íñiguez *Arista*. Parece probable que su padre, Íñigo Jiménez, hijo de Jimeno el Fuerte, haya sido víctima de la expedición punitiva de Abd al-Rahman I, en el año 781, dejando a sus dos hijos varones, Íñigo y Fortún Íñiguez, huérfanos de padre, al cuidado de su madre Onneca, quien permanecerá con ellos pocos años y los dejará bajo la tutela de su abuelo, Jimeno. Según parece, es su abuelo quien se va a ocupar de la educación de ambos, alternando las enseñanzas sobre la administración de sus territorios, que pueden corresponderse con el Valle de Salazar (hay autores que detallan incluso las localidades salacencas que les acogen: Ochagavía, Ezcároz, Jaurrieta, Oronz y Esparza), con la formación militar y las primeras letras.

En efecto, está bien documentado que Onneca va a contraer un nuevo matrimonio en el año 784. Este enlace constituye un notable jalón en la política de alianzas, que ya Jimeno el Fuerte había apuntado, con los vecinos del sur y que va a resultar decisiva para la consolidación futura del reino. Las segundas nupcias de Onneca la van a unir con Musa ibn Fortún, cabeza del clan de los Banu Qasi, de quien va a nacer en 785 Musa ibn Musa ibn Qasi, hermano uterino, amigo y aliado de Íñigo Arista: *el moro Muza*, cuyo nombre resuena todavía en el imaginario español. Todas las fuentes informan de los dos matrimonios y sobre la progenie de Onneca, pero existen ciertas discrepancias alrededor del orden de estos matrimonios. Sánchez Albornoz afirma que el primer marido es Musa ibn Fortún, y que es, tras la muerte de éste en Zaragoza, en 788, cuando Onneca casa con el navarro Íñigo Jiménez. Leví-Provençal, abonado en un principio a esta teoría, la abandona más tarde y sitúa la muerte de Íñigo en 780, coincidiendo con la mayoría de autores. Así pues, la tesis aceptada de forma común es la de un primer matrimonio con el navarro, de quien va a tener dos hijos, antes de su muerte en 780; y un segundo, con el Banu Qasi, en 784, del que nace Musa ibn Musa, y que concluye con la muerte de este segundo marido, en 788. No tenemos más noticias de Onneca, ya dos veces viuda, ni de posibles posteriores matrimonios ni maternidades.

Se da por hecho que desde edad muy temprana, Íñigo, el mayor de los hermanos, va a participar como lugarteniente de su abuelo en las diversas escaramuzas y enfrentamientos armados, tanto contra tropas musulmanas como frente a mesnadas francas. Así mismo hay coincidencias al situarlo en cabeza del contingente pamplonés que se suma a la coalición de Guillermo de Toulouse y el rey asturiano, Alfonso II, en

los sucesivos enfrentamientos que van a mantener contra los ejércitos del emirato entre los años 793 y 795, como se ha señalado antes. No es de extrañar, pues, que cuando las crónicas ofrecen las primeras noticias ciertas sobre su figura, en los años que van entre 799 y 803, se nos presente ya como señor de pamploneses y navarros. Y es que, a pesar de su juventud, ha adquirido suficiente experiencia militar y, por otro lado, ha recibido de su abuelo las orientaciones necesarias para poder afrontar el análisis y la comprensión de las cambiantes situaciones políticas y extraer de ellas el máximo beneficio para su causa. A lo que debe unirse, sin duda, una clara aptitud para el mando, un carácter decidido y una personalidad en la que coinciden inteligencia, destreza y ambición.

El 28 de enero del año 814 muere en Aquisgram (*Oche*, en franco; en alemán actual: *Aachen*; en francés: *Aix-la-Chapelle*) Carlomagno. Su hijo, Ludovico Pío (Luis el Piadoso), se va a alejar de las marcas situadas en el extremo meridional de los dominios carolingios, urgido por la complejidad de los diversos disturbios que se le van a plantear y, en buena medida, por la misión de que se siente imbuido, por la herencia espiritual recibida, de vertebrar como un imperio el conglomerado heterogéneo de pueblos que pretende unificar en la utópica *Respublica Chistiana*, bajo la autoridad del papado y el dominio político y militar de la nación franca. En esos momentos, la alianza que el emperador mantiene con la corona de Asturias da a la corte franca la seguridad de que el mundo cristiano, que se coordina alrededor de su cetro, abarca un extenso territorio que desde Centroeuropa llega a todo el norte de la península ibérica, del mar Mediterráneo al océano Atlántico. Y en esos amplios dominios está incluida la tierra de los vascones, pamploneses o navarros, el mando de cuya capital está adjudicado, como sabemos, al gascón Velasco.

SURGE UN REINO

El hijo de Ludovico Pío, Pipino I, en quien su padre ha delegado el señorío de Aquitania, va a verse obligado a enfrentar las sucesivas rebeliones de las marcas del norte de España; la insurrección de la Gascuña, o el posterior alzamiento de Lupo Céntulo contra los condes de Auvernia y de Toulouse, Warino y Berenguer. Es verosímil la conjetura de algunos estudiosos sobre la posibilidad de que las fuerzas francas destacadas en Navarra se vean obligadas a acudir en apoyo de las acciones militares desencadenadas al norte de la cordillera. Este momento –año 816- de desamparo es el que Íñigo Arista, el Enneco ben Enneco de las crónicas árabes, va a aprovechar para, apoyándose en sus parientes Banu Qasi, despojar del poder a Velasco (Balask al-Galasqi, que a partir de estos sucesos desaparece de las crónicas coetáneas de forma definitiva), e instituirse en señor de Pamplona, caudillo del territorio y rey –primer rey conocido- de los navarros.

Es dudosa la fecha de su nacimiento, que suele situarse entre el 773 y el 775. No queda mención cierta de su aceptación como caudillo de vascones, pamploneses y

navarros, pero es incuestionable su titularidad sobre Pamplona ya en 803. Y para la práctica totalidad de los medievalistas, en el año 816, tras recuperar el control de la *civitas pampilonensis*, se puede hablar ya del nacimiento de un reino.

La creatividad de algunos cronistas y la compulsión por dotar al primer rey de una acreditación incontestable han dado luz a ciertos textos, más que excesivos, inverosímiles. Así, el Príncipe de Viana escribe en su Crónica: “En este tiempo, los navarros, é aragoneses, por quanto habían entre sí algunas discusiones, sobre repartición de sus victorias é ganancias, deliberaron de mandar consejo al papa Adriano, é á los lombardos, porque eran gentes astutas e sabias, que los aconsejasen lo que debían facer, é aconsejáronles que levantasen rey; pero que formasen, é ficiesen primero sus fueros é leyes; é que no se diesen a rey extraño, más que lo esleyesen entre sí...” Y para no ser menos, el Fuero General explica cómo los representantes de los pamploneses se dirigieron “a besar el pie del Pontífice sumo pidiéndole con su bendición consejo de la forma en que entablarían gobierno conviniente á la empresa que aspiraban de la restauración del culto debido a la Divina Magestad, y de España...y volvieron los Legados con muchos consuelos espirituales, y con respuesta de que eligiesen rey que los acaudillase, y que antes hiciesen sus establecimientos escritos, y los jurase el que huviere de serlo...”

Nos situamos en el año del Señor de 816, fecha comúnmente aceptada como el nacimiento del reino de Pamplona, y de la coronación de Íñigo Íñiguez, que será conocido con el apodo de Arista, a decir de muchos autores derivado de Aritz: roble, en lengua vasca. Un sobrenombre que alude a su vigor y a su firmeza, y que va a apellidar también a sus descendientes: los Arista. Parece probable que, ya en este tiempo, el patrimonio territorial de Íñigo reúna su legado familiar en el área salacena y roncalesa, junto con Pamplona y su comarca y, acaso, en los otros lugares que la tradición le atribuye como esenciales en el surgimiento del reino, las Améscoas y las tierras de Abárzuza (el Valle de Yerri).

Julio Caro Baroja hace observar cómo el primer rey navarro emerge de una estirpe autóctona a la cabeza del territorio de los *pampilonenses*, no de los vascones ni de los navarros. El Códice de Roda da cuenta y sistematiza la sucesión de los monarcas navarros en un “*ordo numerum regnum Pampilonensium*”. Y esa sistematización se abre con “*Enneco, cognomento Aresta*”. Como queda dicho, se ha solido afirmar que el sobrenombre Arista procede del vascuence *aritz*, *haritz* o *aretx*; incluso ha habido autores vascófilos que le han llamado al primer rey pamplonés Íñigo *Arizta*. Pero conviene señalar al respecto el texto que le dedica el Príncipe de Viana, en su Crónica de los Reyes de Navarra, en el que le apoda Ariesta, vocablo romance que se refiere a la paja del trigo: “la ariesta para el fuego e Íñigo para los moros”, se escribe. Caro Baroja opina que desde la perspectiva histórica es más aceptable la sonoridad romance arista, aresta o ariesta, que arizta.

Prueba evidente de la aceptación histórica de esta interpretación es el escudo del monasterio de Irache. Como puede verse a continuación, en los cuarteles inferiores figuran los emblemas heráldicos de Evreux y Navarra; en los superiores, a modo de blasón parlante, se leen los símbolos de las dos primeras dinastías del reino: cinco gavillas de paja en llamas (“la ariesta para el fuego”) a modo de atributo de la estirpe Íñiga o Arista; y dos abarcas para el linaje Jimena o Abarca.



Sea como fuere, más que las tan traídas y llevadas cuestiones etimológicas, interesan las decisiones de Íñigo en los años siguientes, destinadas a tejer una red de alianzas con sus vecinos, para así garantizar la seguridad de sus fronteras y permitir el asentamiento de una organización suficiente, y capaz de afirmar la solidez de las estructuras de la incipiente monarquía, la estabilidad de las fidelidades y el control de sus territorios.

Los complicados juegos de equilibrio entre francos y cordobeses, propician cambios de pactos y afinidades en función de cuál sea en cada momento el poder dominante. En el minúsculo y titubeante condado de Aragón va a tener lugar un dramático enfrentamiento entre el conde Aznar Galindo, *fidelis* de la monarquía franca, y su yerno García I Galíndez, a quien las crónicas apodan *el Malo*. Como resultado de este conflicto familiar, García mata a su cuñado Céntulo Aznárez y, con ayuda militar llegada desde Pamplona, expulsa de sus dominios a su suegro, Aznar Galindo, que pasa a Francia y “se echó a los pies” del emperador, quien le nombra conde de Urgel-Cerdaña como recompensa a su probada fidelidad. En relación con estos sucesos, ocurridos en fechas anteriores a 820, Íñigo Arista, que se ha liberado también de la tutela franca, aprovecha la coyuntura para concertar el matrimonio de García Galíndez, quien ha repudiado a su esposa, Matrona (con el pretexto de una acusación, según la leyenda, de incesto), con su hija Nunila. Con este matrimonio, García el Malo se acoge a la alianza del pamplonés y queda instalado con su apoyo en el condado de Aragón, sellando de esta manera la vinculación de los *sirtaniyyun* a los destinos de los jefes de los *baskunish -Hispani vascones-* de Pamplona.

En los mismos años, Íñigo llega a un acuerdo con su hermano de madre, Musa ibn Musa ibn Fortun, que va a ser llamado después *al Qasaw* (el Grande), para el compromiso matrimonial de su hija Assona Íñiguez. Matrimonio que se celebra, a decir de las fuentes de la época, en el año 820, y del que va a nacer Lubbibn Musa ibn Musa, quien sucede a su padre al frente del poderoso clan de los Banu Qasi.

De este modo, Íñigo ha conseguido en dos décadas (entre 803 y 820) imponerse entre las familias influyentes de los vascones hispanos, hacerse con el poder de una importante extensión territorial, dominar la ciudad principal, Pamplona, en la que establecer su corte y desde la que presidir o coordinar a los núcleos autónomos vecinos, asumir el título eminente de *rex* y dotarlo de condición hereditaria. A la vez que ha logrado asentar lazos firmes, a través de las alianzas matrimoniales, con sus vecinos del este y del sur. Y, desde esta situación de relativa seguridad, va a emprender una iniciativa diplomática destinada a establecer relaciones políticas y acaso familiares con los monarcas asturianos.

Al eclipse del régimen franco, que han encarnado de forma efímera Velasco (Balask al-Galasqi) en Pamplona y Aznar Galíndez en Aragón, le ha sucedido la reciente hegemonía de los Íñigos y sus aliados. Por tanto, la frontera de este sector –Rioja, Pamplona y Aragón- queda repartida entre los Aristas y los Banu Qasi, estos últimos en estrecha alianza con el emir. Lacarra apunta a la circunstancia de que, en estas fechas, Musa ibn Musa sea el *amil* de Tudela y su comarca. El silencio observado en las fuentes árabes durante un cuarto de siglo se considera prueba elocuente de una actitud de pacífica sumisión a Córdoba.

LA SEGUNDA BATALLA DE RONCESVALLES

La alianza entre Qasíes, navarros y aragoneses, y su buena relación con el emirato de Córdoba, no es del gusto del emperador Ludovico Pío, que ve cómo se desvanece el proyecto carolingio de mantener una amplia franja al sur de la cordillera pirenaica sometida a su control. En estas circunstancias, el monarca franco pone en marcha la que va a ser su última tentativa para someter a los hispano-vascones del área pamplonesa. En la primavera del año 824, un formidable ejército reclutado entre los vascones ultrapirenaicos y encabezado por los condes Eblo y Aznar, cruza los pasos de los Pirineos y se presenta ante las fortificaciones de Pamplona, laboriosa aunque inconsistentemente repuestas tras la destrucción de 778.

Los cronistas francos dejan pocos testimonios del suceso, y apenas consignan la puesta en marcha de la expedición e informan de su llegada, sin dificultades reseñables. Los *Anales regios* afirman que los dos condes citados son “enviados a Pamplona con tropas de los vascones”, es decir, con contingentes de Gascuña, y que, sin entrar en más detalles, “cumplieron la misión encomendada”. Hay algún autor que da noticia de la entrada en la ciudad sin encontrar resistencia y de la represión sobre los pamploneses, con el castigo por ahorcamiento de numerosos habitantes, a modo de escarmiento, como medida de intimidación preventiva sobre previsibles acciones en su retirada, y como precaución, dados los amargos recuerdos de la derrota de la retaguardia carolingia cincuenta años antes, cuya lacerante evocación permanece viva en la memoria de la corte, del ejército y del pueblo. Se da también por hecho que, durante su breve estancia entre los muros de Pamplona, en cumplimiento de la “misión encomendada”, se va a restablecer una administración adicta a la monarquía francesa.

Íñigo Arista que, bien informado por sus ojeadores de la llegada de las tropas transpirenaicas, se ha refugiado fuera de la ciudad, se prepara entretanto para enfrentarse al poderoso ejército imperial. Reclama la ayuda de sus aliados, Musa ibn Musa y García *el Malo*, quienes ponen a sus guerreros bajo su mando y, con la certidumbre de que un enfrentamiento en campo abierto puede ser funesto para sus intereses, diseña una estrategia inspirada en los antecedentes de la afamada batalla de Roncesvalles. Sin embargo, tiene en cuenta que en esta ocasión no se enfrenta a la fracción de retaguardia de una armada que se retira, lastrada por los prisioneros, el botín y la impedimenta, como en agosto de 778, sino a un considerable contingente militar, bien armado y adiestrado, que se mueve con la prudencia y la precaución derivada de los conocidos antecedentes.

Las fuentes francesas narran el encuentro: “Al regresar, una vez ultimada la misión que tenían encomendada, fueron sorprendidos y envueltos en una emboscada por la perfidia de los montañeses (*perfidia montanorum*), que los tomaron como cautivos y exterminaron a casi todos sus hombres. A Eblo lo enviaron a Córdoba; a Aznar, del que

se compadecieron porque era 'como consanguíneo' le permitieron volver a su tierra", nos dicen los *Annales regni Francorum*. Por su parte, en la *Vita Hludowici Pii imp.*, el Astrónomo refiere cómo "en el año 824, los condes Eblo y Aznar fueron enviados al otro lado de los Pirineos. Después de llegar a Pamplona con un nutrido ejército, cuando regresaban una vez alcanzado el objetivo de la campaña, fueron víctimas de la natural perfidia de sus habitantes. Asediados por los naturales del país, tras perder todo su ejército, cayeron en poder de sus adversarios. Estos enviaron a Eblo al emir de los sarracenos de Córdoba, pero a Aznar, porque les tocaba en afinidad de sangre, le perdonaron".

Sin coincidencia entre los diversos especialistas, hay quien vincula a Eblo con el linaje del conde Berenguer de Toulouse, e identifica al conde Aznar con Aznar Galindo I, antes conde de Aragón, y suegro de García el Malo. Se interpreta su participación en el intento de invasión de Navarra como una acción dirigida también a recuperar el dominio de sus territorios de los que había sido desalojado por su yerno.

Lacarra escribe que el reparto que se hace de los prisioneros nos está revelando quiénes fueron los vencedores de este encuentro, y cómo el envío a Córdoba de Eblo es prueba de las excelentes relaciones en que los Banu Qasi, y sus aliados, los Íñiguez a través de ellos, se hallan con el emir. La entrega de Eblo a los musulmanes es una demostración desdeñosa de fiereza ante la agresividad franca, a la vez que el gesto de generosidad en el tratamiento a Aznar es una muestra de la obstinada vocación de independencia del naciente reino pamplonés.

En adelante, los francos no van a volver a intentar someter a los vascones hispanos nunca más. El último intento se ha vuelto a consumir como un rotundo fracaso, y tal percepción se trasluce en la amargura de los habitualmente parciales cronistas carolingios. Risco escribe: "Derrotado el ejército de Ludovico Pío, por los vascones del Pirineo, quedaron estos, así como los navarros, en un estado de total independencia". Y es que el mismo Risco recoge la opinión de ciertos "autores graves" que "han escrito que cerca de los años 824 se estableció el reino de Navarra, siendo el primero que tuvo esta dignidad Íñigo Arista".

La renuncia de la corona franca a los territorios de los pamploneses, que han acreditado, una vez más, su peligrosidad, unida a la situación de lucha casi continua en que se debaten las distintas facciones de los francos bajo el gobierno de Luis el Piadoso, y que impide a estos concentrar su atención en la frontera pirenaica, va a debilitar de forma definitiva al partido profranco de Pamplona y a conceder a los navarros una estabilidad en la frontera norte desconocida hasta entonces.

EL CAMINO DE SANTIAGO.

GODESCALCO Y EL CÓDICE GOMESANO

La tradición jacobea sitúa en el día 25 de julio la fecha de la llegada de los restos del apóstol al lugar de su enterramiento, y en el año 813 el suceso milagroso del descubrimiento del sepulcro, la “*Inventio*”. Así lo narra la Concordia de Antealtares: “el bienaventurado Apóstol Santiago, degollado en Jerusalén y llevado por sus discípulos a Joppe (Jaffa), después de algún tiempo fue trasladado por el mar al extremo de Hispania, guiado por la mano de Dios, y fue sepultado en el extremo de Gallecia permaneciendo oculto mucho tiempo. Pero como la luz en las tinieblas, o una candela bajo el celemín no pueden permanecer mucho tiempo, con la ayuda de la divina providencia, en tiempo del serenísimo rey don Alfonso, llamado el Casto, un anacoreta de nombre Pelayo, que vivía cercano del sepulcro del Apóstol, tuvo en principio una revelación por medio de Ángeles: después se manifiesta como muchas lucecitas a los fieles que estaban en las iglesias de San Félix de Lovio (San Fiz de Solovio); los que buscando consejo, visitaron al obispo de Iria Teodomiro y le contaron la visión. El cual, después de un ayuno de tres días, con gran cantidad de fieles, encontró el sepulcro del bienaventurado Apóstol, cubierto con piedras de mármol. Y, lleno de enorme alegría llamó enseguida al citado religiosísimo rey; el cual como era guardador de la castidad y amador de la santidad se apresuró a construir de momento una iglesia en honor del mismo Apóstol...”

Parece que la elección de 813 como año del hallazgo obedece a la voluntad mitificadora de la literatura francesa medieval, para hacerlo coincidir de esta manera con el reinado de Carlomagno (muerto en 814), a quien el *Liber Sancti Iacobi* sitúa en España para refrendar el milagroso suceso. Pero si, como parece cierto por el primer documento que lo refiere, los restos del apóstol son revelados durante el episcopado de Teodomiro, el acontecimiento no puede ocurrir antes del 819, fecha de su ascenso al episcopado. El documento, guardado en el Tumbo A de Santiago de Compostela, que copia la orden de Alfonso II el Casto de construir una iglesia en su honor: “en nuestros días se nos reveló el preciado tesoro del bienaventurado Apóstol, es decir su santísimo cuerpo.... Y ordenamos construir una iglesia en su honor”, se considera datado en 829 u 834. Y si como afirman los textos coetáneos, sucede en el curso del reinado de Alfonso II, no puede ser después de 842, año de la muerte del rey casto. Los especialistas afinan para situar el descubrimiento del sepulcro apostólico entre los años 819 y 829. Y, por supuesto, queda bien documentada como la primera peregrinación conocida la que realiza el rey Alfonso II el Casto, con buena parte de los barones de su corte y el citado obispo Teodomiro, de Iria Flavia.

Por otra parte, es un lugar común la atribución del trazado de la Ruta Compostelana tal como hoy la conocemos a la voluntad del rey Sancho Garcés III el Mayor de Navarra. Según esta afirmación, los peregrinos franceses o de otros lugares de la

cristiandad, tras cruzar los pirineos por el paso de Ibañeta y Roncesvalles, llegan hasta la ciudad de Pamplona desde la que, a través del corredor del Araquil, se encaminan, tras cruzar la llanada alavesa, por otras sendas extraviadas de la montaña burgalesa, hacia la ciudad de Burgos, hasta que, después de 1005, Sancho el Mayor deriva estas veredas por el itinerario más cómodo, racional y seguro, que atraviesa el suroeste de Navarra, cruza el Ebro en Logroño, y continúa por las tierras menos abruptas y más amables de Nájera y Santo Domingo de la Calzada, y prosigue hacia Burgos a través de los montes de Oca.

En opinión de los medievalistas, tal hipótesis nace de una interpretación defectuosa de la documentación de la corte pamplonesa, y existe la convicción de que este nuevo trazado del Camino, que va a ser aceptado de forma generalizada por la gran corriente peregrinadora, debido a sus innegables ventajas, se impone al poco tiempo de la conquista del corredor de Deio y de la incorporación a la corona pamplonesa de las comarcas del Ebro, el Najerilla y el Iregua. Así pues, una vez asimilados y pacificados los territorios citados, fortalecidos con el apoyo real los enclaves monásticos de Irache, San Millán y Albelda, y favorecida la colonización y repoblación de los núcleos de la Ruta, el itinerario compostelano queda fijado de forma definitiva tal como lo recoge dos siglos más tarde el *Codex Calixtinus*. Es probable que este proceso se inicie ya en el tiempo de Sancho Garcés I, y existe la certidumbre de que durante el reinado de García Sánchez I queda plenamente consolidado. La ampliación y consagración de San Millán de Suso y la donación del lugar de Logroño al monasterio emilianense son muestra evidente de la voluntad del rey García a este respecto.

El hecho de las peregrinaciones hacia el sepulcro del apóstol Santiago es una evidencia consumada ya en el siglo IX. Es interesante reseñar a este respecto un texto de 845, referido al poeta, diplomático y filósofo jienense Yahyaibn al-Hakam al Bakri (772-866), conocido como *Al Gazal* ("la gacela", por su belleza), que relata su viaje "al frente de una embajada enviada por el emir cordobés Abderramán II, a través del Cantábrico, para negociar con los normandos que, por aquel tiempo, atacaban las cosas peninsulares. De regreso, el barco en el que viajaban se detuvo en Galicia para que Algazal y sus acompañantes visitasen el santuario de Santiago". Su contemporáneo, el cronista Tamman Ibn al- Kama narra cómo Algazal y su séquito son recibidos con festejos y honores en Compostela. Y Richard Ford recoge la siguiente cita textual de Algazal: "Su Kaaba es un ídolo colosal que tienen en el centro de la iglesia; juran por él y desde las partes más lejanas, desde Roma lo mismo que desde otros países, acuden a él en peregrinación y pretenden que la tumba que se ve dentro de la iglesia es la de Santiago, uno de los doce apóstoles y el más querido de Isa; desciendan sobre él la bendición y el saludo de Dios y sobre nuestro profeta". A través de la crónica de sus viajes sabemos que los cristianos cordobeses precisan de un salvoconducto para poder abandonar el territorio del emirato y realizar la peregrinación a Compostela. Aunque no hay que olvidar que hay autores que ponen en duda la autenticidad de estos testimonios.

De lo que no cabe duda posible es de que durante el reinado de García Sánchez I, la peregrinación está plenamente consolidada. En la segunda mitad del siglo X caminan hasta Compostela personalidades relevantes como Cesáreo, abad de Montserrat, el conde Fernán González, quien se hace acompañar del abad del monasterio de Cardeña, o el ermitaño Simeón de Armenia. Pero el primer peregrino extranjero bien documentado es Gotescalco, obispo de Le Puy- en- Velay, en la Auvernia, Francia, quien camina hacia Santiago en el año 950. Reina en ese año García Sánchez en Pamplona, Fernán González es conde de Castilla, y Ramiro II, monarca de León. Conocemos este periplo por el testimonio que deja escrito el monje Gómez o Gomesano del monasterio de Albelda de Iregua, en el prólogo de un libro del que el propio Gotescalco le ha encargado una copia.

Gotescalco (Godescalc, para los franceses), obispo de Santa María de Anis, en Le Puy-en-Velay, entre 927 y 962, es uno de los poderosos príncipes de Aquitania, conde de Velay y de Briouce, y realiza su periplo jacobeo con la comitiva propia de su alcurnia: su guardia personal, compuesta por nobles y soldados, los religiosos principales de su diócesis, tanto regulares como seculares, y a decir de algún historiador francés, “todo un cortejo de trovadores, malabaristas, pajes..., que sumarían hasta noventa y cinco personas, además de los caballos y bestias de carga”.

El monasterio de San Martín de Albelda, fundado por Sancho Garcés I de Navarra y su esposa Toda el 5 de enero de 924, se ha convertido en menos de dos décadas en uno de los más destacados *scriptoria* de la península. Y su trabajo ha alcanzado tal renombre que atrae a personas destacadas de la Europa cristiana en busca de sus escritos. En el caso que nos ocupa, el obispo de Le Puy realiza un pequeño desvío en su peregrinación, para encargar al abad Dulquitio, o Dulquito, una copia del libro *De virginitate Beate Mariae*, obra destacada de San Ildefonso de Toledo, custodiada en la joven, pero bien surtida, biblioteca albeldense. Al retorno del sepulcro del apóstol, ya en 951, se detiene para recoger su ejemplar, un notable códice que hoy se guarda en la Biblioteca Nacional de París. “Escribí con gusto el libro de San Ildefonso a ruegos del obispo Gotescalco que, por motivos de oración, había partido de tierras de Aquitania con devoción patente a todos y seguido de una numerosa comitiva marchaba al extremo de Galicia, para mover la divina misericordia e implorar humildemente la protección del Apóstol Santiago...llevó este libro el santísimo obispo Gotescalco de España a Aquitania en el tiempo de invierno”, nos cuenta el buen escriba Gómez, o Gomesano, en su relato escrito con tinta verde y letra visigótica.

Concluamos pues que la gran peregrinación nace tras el hallazgo del sepulcro apostólico que puede haber ocurrido entre 819 y 829, en vez de la fecha mítica de 813. Y que el trazado del itinerario compostelano, desde Roncesvalles a Santiago, que queda confirmado en el libro V (*Liber Peregrinationis*) del *Liber Sancti Iacobi*, no obedece a la voluntad de Sancho el Mayor, sino a la de sus predecesores Sancho Garcés I, Jimeno Garcés o García Sánchez I, y que en el mandato de este último ya está plenamente consolidado.



CARLOMAGNO EN EL CODEX CALIXTINUS

Codex Calixtinus es el nombre con el que conocemos un manuscrito iluminado de mediados del siglo XII, guardado en la catedral de Santiago de Compostela, atribuido tradicionalmente al monje cluniacense Aymeric Picaud, presbítero de Parthenay-le-Vieux (*Aimericus Picaudi, presbiter de Partiniaco*), quien habría acompañado al inspirador del libro, el papa Calixto II, en su peregrinación a Compostela (imaginaria, según la mayoría de autores), para depositar

años más tarde, en 1140, el valioso códice en manos del obispo compostelano. Esta autoría, citada en el propio libro, parece corresponder a un texto añadido tardíamente, por lo que los estudiosos dudan de su veracidad, ya que encuentran rasgos de al menos cuatro manos entre sus redactores.

CARLOMAGNO Y ROLDÁN

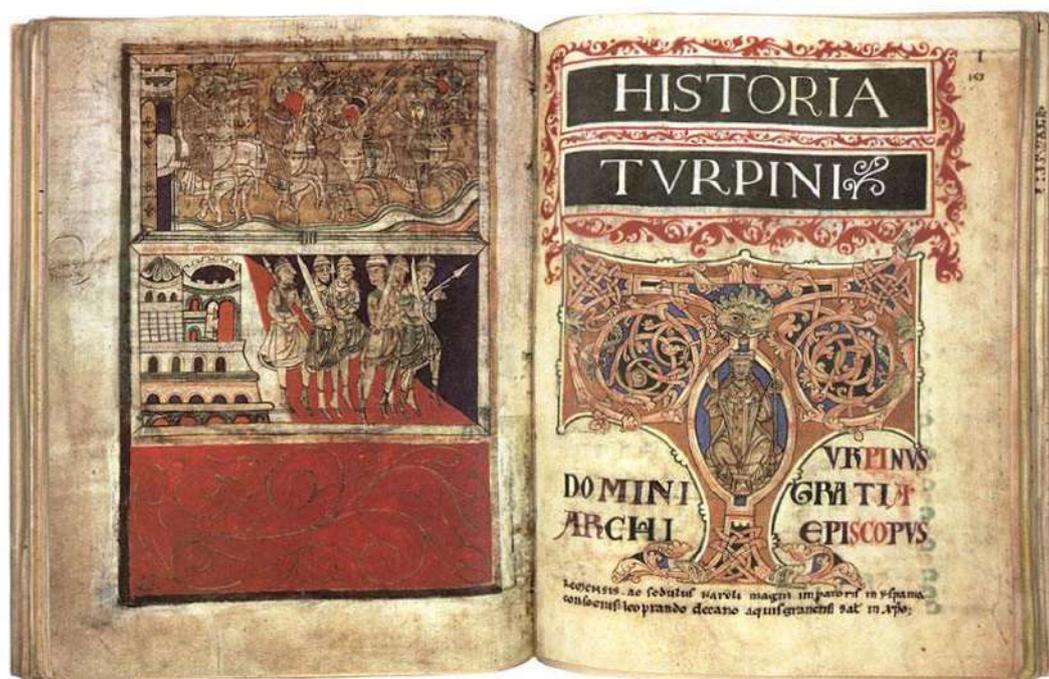
Así pues, este ejemplar, posiblemente el primero y original, es además el más completo de cuantas copias existen del *Liber Sancti Iacobi*, y reúne uno de los mayores tesoros salidos de las manos de los *scriptoria* medievales, tanto en el sentido textual y musical como gráfico y ornamental. Está constituido por cinco libros distintos, además de dos apéndices. El que nos interesa ahora es el Libro IV, *Historia Karoli Magni et Rotholandi*, que narra las hipotéticas conquistas de Carlomagno, rey de los francos, en España. Arrancado del manuscrito original en 1609, y presentado en solitario como *Historia Turpini*, se volvió a coser al conjunto del que procedía en 1966, con motivo de su estudio y restauración. Es conocido con el nombre de *Pseudo Turpin*.

Narra la crónica, supuestamente redactada por el citado Turpín, obispo de Reims, de la llegada de Carlomagno a la península ibérica. Refiere el sueño real, según el cual el apóstol Santiago insta al rey franco a rescatar la tumba apostólica de manos islámicas:

“La ruta estrellada que has visto en el cielo

*Significa que irás a Galicia a la cabeza
De un gran ejército. Y que, después de ti,
Todos los pueblos irán allá en peregrinación
Hasta la consumación de los siglos”.*

Cuenta también la batalla de Roncesvalles y se detiene con detalle en la muerte de Roldán.



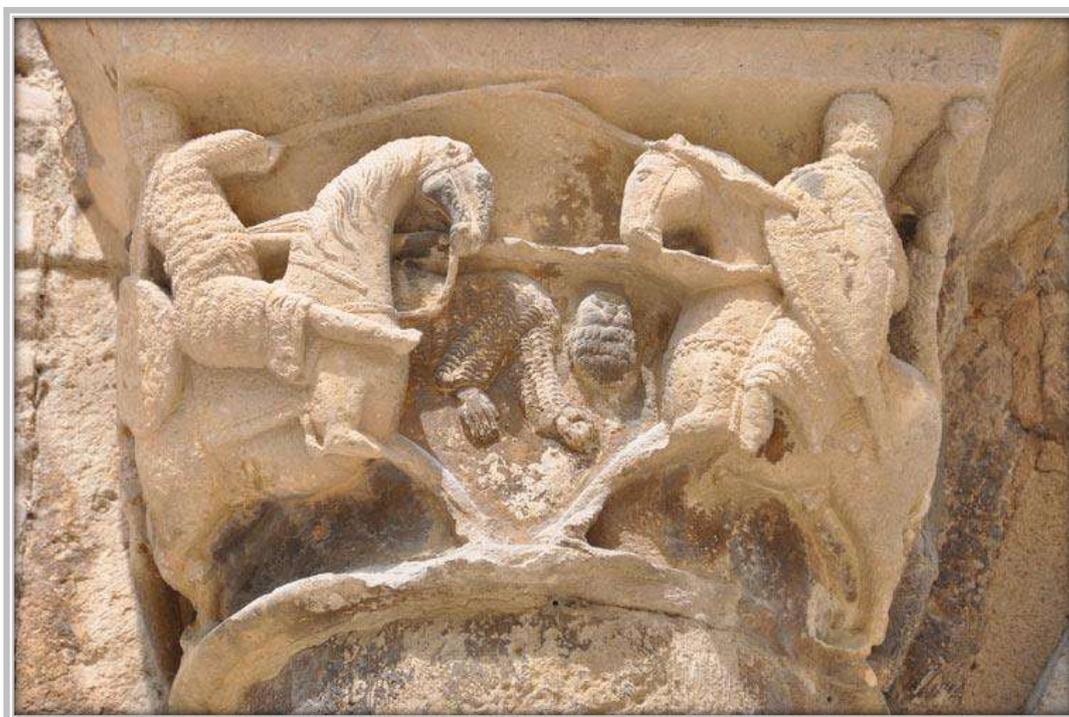
A lo largo de sus páginas, nombra las ciudades españolas liberadas del yugo sarraceno por la mano de Carlomagno, y las iglesias levantadas por su mandato; refiere acciones milagrosas ocurridas al ejército carolingio durante su campaña en la península; y ofrece, junto con una imagen idealizada del rey de los francos, enfrentamientos y batallas con los infieles, controversias teológicas, destrucciones de murallas (de Pamplona), concilios y prodigios, ocurridos en el contexto de lo que se llama La Cruzada de España... Informa, incluso, del fallecimiento del mismo emperador.

No es de extrañar que, a través de este y de otros textos, el rey de los francos se convierta en personaje literario, en héroe de los cantares de gesta. Así nace el Ciclo de Carlomagno, y se construyen los relatos de infancia (*Berte aus grans pies*) y juventud (*Mainet, Basin*), con presencia reiterada de España, y acomodados a su dimensión legendaria, que pronto se transforma también en materia narrativa. Aunque, para ello, los autores tengan que crear un tejido argumental enriquecido con sucesos y lugares (*Aspremont, Pélerinage Carlemagne*) tan imaginativos y quiméricos como inverosímiles. Tanto para él como para los doce pares, especialmente Roldán (*Rollan a*

Saragossa, Ronsavals)). Algo que suele ser connatural al nacimiento de tantos mitos épicos.

En lo que se refiere a la presentación de la figura del emperador a través de *L'Historia Karoli Magni et Rotholandi* como espejo de virtudes, se evidencia una clara voluntad hagiográfica. Una escenificación que no parece ajena al hecho de que pocos años después de su presentación pública en Compostela y su divulgación en Roma y en la corte de París, el día 29 de diciembre de 1165, Carlomagno sea canonizado. En conmemoración de lo cual, los clérigos de Aquisgrán componen una *Vita Karoli Magni*, inspirada en la ya entonces popular narración del Pseudo Turpín.

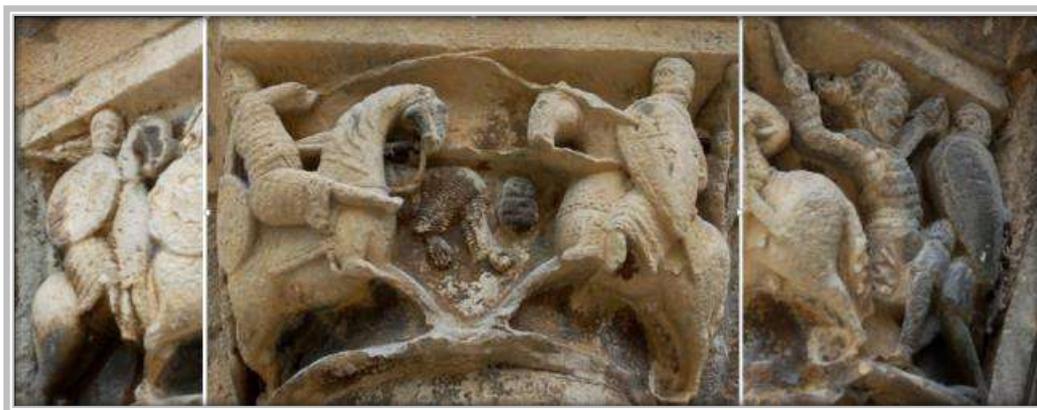
ROLDÁN Y FERRAGUT



En el capítulo XVII del citado Libro IV se nos relata la batalla con el gigante Ferragut y la excelente controversia de Rolando, que se resume a continuación:

Concedor Carlomagno de que en Nájera había un gigante del linaje de Goliath, llamado Ferragut, que venido desde Siria, enviado por el sultán de Babilonia, al mando de un imponente ejército de veinte mil turcos, se disponía a combatirlo, acudió a su encuentro. El gigante lo retó a singular combate y el emperador envió en primer lugar a Ogier, a quien Ferragut derrotó sin esfuerzo. Tras él, mandó a Reginaldo de Montalbán, y el gigante lo apresó. Después envió a Constantino, rey de Roma, y al conde Hoel, y a los dos al mismo tiempo. Y al no conseguir derrotarlo, mandó a veinte arriscados luchadores, de dos en dos, e igualmente, Ferragut los encarceló. “En vista

de ello, no se atrevía Carlomagno a mandar a nadie más a luchar contra el gigante”...“Pero Roldán, conseguido el permiso de su rey, se acercó para combatirle”. Tras duros encuentros, sin que ninguno de los dos campeones lograra la victoria, pactaron treguas, durante las cuales el ingenuo mahometano confesó al paladín cristiano el secreto de su condición invicta, “solo por el ombligo puedo ser herido”. Tras lo cual, Roldán provocó una disputa sobre la veracidad de sus respectivas religiones, sin que ninguno lograra convencer al otro. Entonces, concluyó Ferragut, “-lucharé contigo a condición de que si es verdadera la fe que sostienes, sea yo vencido, y si es falsa, lo seas tú. Y el pueblo del vencido se llene eternamente de oprobio, y de honor y gloria eternos el del vencedor”. -Sea, contestó el cristiano.



En la cara frontal del capitel que puede contemplarse en la fachada del palacio de los Reyes de Navarra, en la muy jacobea ciudad de Estella, se relata este célebre combate y su resultado, nefasto para el gigante musulmán. En el ábaco se leen los nombres de los contendientes:

FERRAGUT. ROLLAN.

Así como la firma del autor:

MARTINUS ME FECIT DE LOGRONIO

NAVARRA

Pero la relación del *Liber Sancti Iacobi* con Navarra no se reduce a lo dicho. El profesor José María Anguita Jaén, uno de los mayores especialistas en la materia, ha publicado que las citas, alusiones, descripciones o relatos referidos al territorio navarro o sus pobladores son notablemente más frecuentes que las relacionadas con cualquier otro lugar, si se exceptúa, naturalmente, Compostela.

En el *Libro Primero*, que es el más extenso de los cinco (dos tercios del total de la obra), ya aparecen dos alusiones a Navarra:

La primera se lee en el sermón segundo, atribuido al papa Calixto y conocido por las palabras iniciales, *Vigilie noctis sacratissime*. De los cinco ejemplos de castigos por no respetar la festividad de Santiago que se citan, cuatro se sitúan en Francia: Gascuña (1), Montpellier (1), y Besançon (2). El siguiente ocurre *apud Tudelionum, inter Yspanos*. En Tudelonio, España: un impío campesino que ocupa el día del apóstol en la trilla de trigo, al bañarse tras su trabajo, siente cómo su piel se adhiere a las paredes, y muere. *Tudelionum* se emplaza en el despoblado de Tudején, muy cerca de los actuales Baños de Fitero.

La segunda aparece en el sermón XVII, *Veneranda dies*. La alusión a los navarros es, cuando menos, original. Para mostrar la nombradía de Santiago, se enumeran las naciones que peregrinan hacia Compostela: “Vienen los pueblos bárbaros y los que habitan en todos los climas del orbe, a saber: francos, normandos, escoceses, irlandeses, los galos, los teutones, los iberos, los gascones, bávaros, **los impíos navarros**, los vascos, los godos, los provenzales, los garascos, los loreneses, los gautos, los ingleses, los bretones, los córnicos, los flamencos, los frisonos, los alóbroges, los italianos, los pulleses, los poitevinos, los aquitanos, los griegos, los armenios, los dacios, los noruegos, los rusos, los joriantos, los nubios, los del Ponto, los de Bitinia, los indios, los cretenses, los jerosolimitanos, los antioquenos, los galileos, los de Sardes, los chipriotas, los húngaros, los búlgaros, los eslavones, los africanos, los persas, los alejandrinos, los egipcios, los sirios, los árabes, los colosenses, los moros, los etíopes, los filipenses, los capadocios, los corintios, los elamitas, los de Mesopotamia, los libios, los Cireneos, los judíos y las demás gentes innumerables de todas las lenguas, tribus y naciones”.

Llama la atención que entre tantos pueblos, y antes que las gentes de religiones paganas, heréticas o musulmanas, sean los navarros los únicos merecedores del adjetivo impíos.

En el *Libro Segundo, Liber de miraculis o Liber Miraculorum* (Libro de los Milagros), Navarra figura en tres de los veintidós milagros del apóstol:

En el milagro IV, se cuenta la historia del caballero de Lorena, que en el año 1080 es abandonado por sus compañeros de peregrinación en el puerto de Cisa, situado en el Pirineo navarro, donde muere. El único que permanece a su lado es llevado por el apóstol, junto al cadáver de su compañero, en una sola noche, hasta el Monte del Gozo, donde le da sepultura a la vista de la catedral de Compostela; y a su regreso, encuentra al resto de peregrinos de su grupo, a quienes afea su abandono.



El VI ocurre en Pamplona, capital del reino. Transcribo la traducción del profesor Serafín Moralejo: “Corriendo el año mil cien de la encarnación del Señor, en el principado del conde Guillermo de Poitou, bajo el rey de los francos Luis, una peste mortífera invadió lastimosamente al pueblo poitevino, tanto que alguna vez eran llevados a la sepultura padres de familia con todos los suyos. Entonces cierto caballero, aterrado por tal mortandad y deseando evitar este azote, determinó ir a Santiago por tierras de España. Y con su mujer y dos niños, montados en su yegua, llegó hasta la ciudad de Pamplona. Pero allí falleció su mujer y su injusto huésped se quedó inicualemente con los recursos que el caballero y su esposa habían traído consigo. Desolado él por la muerte de ella y despojado en absoluto del dinero y de la yegua con que llevaba a los niños, tomándolos de la mano, continuó su marcha con mucho trabajo. Y yendo sumido en la mayor angustia y preocupación, se encontró en el camino con un hombre de honorable aspecto que llevaba un asno muy fuerte. Este hombre, al contarle aquél cuántas y cuán grandes adversidades le habían acontecido en su desgracia, le dijo compadecido: “En vista de tus grandísimas angustias, te presto este asno mío, que es muy bueno para llevar a tus niños hasta la ciudad de Compostela, de la cual soy vecino, con tal que allí me lo devuelvas”. Recibido, pues, el asno y puestos sobre él sus niños, el peregrino llegó hasta el sepulcro de Santiago. Finalmente, cuando en la venerable basílica velaba devotamente por la noche en un rincón apartado, se le apareció el gloriosísimo Apóstol con luminoso vestido, quien le dijo sencillamente: “¿No me conoces, hermano?” “En modo alguno”, respondió él. “Yo soy –le replicó– el Apóstol de Cristo, que en tierras de Pamplona te presté mi asno en medio de tu congoja. Ahora, pues, te lo presto de nuevo hasta que regreses a tu casa, y tu malvado huésped pamplonés, por haberte despojado de lo tuyo injustamente, caerá de su asiento y tendrá mala suerte” [...]. Luego aquel peregrino, gozoso por la visión del Apóstol y por tanto consuelo, salió al amanecer de la ciudad de Compostela con el asno y sus niños, al llegar a Pamplona halló que su hospedero había muerto con el cuello roto al caerse del asiento en su casa, como el Apóstol le había predicho”.



En el último de los milagros se cita de nuevo una población navarra. Se nos narra la historia de un mercader de Barcelona apresado por los piratas durante un viaje. Liberado por intercesión del apóstol es vuelto a capturar una y otra vez, hasta llegar a Almería, donde se le aparece Santiago. Según nos cuenta el propio autor, él mismo coincidió con el mercader: “A este hombre cuando venía de nuevo al santuario de Santiago portando en sus manos la cadena y con los pies desnudos y desollados lo encontré yo mismo, por cierto entre Estella y Logroño, y me contó todas estas cosas”.

El profesor Anguita extrae de estos episodios la conclusión de que el narrador conoce bien la zona a la que alude (como se ratifica más adelante, en la lectura del libro V), que acaso realiza también la peregrinación, e incluso apunta la posibilidad de que resida temporalmente en la ciudad del Ega.

El *Libro Tercero* relata los acontecimientos milagrosos del traslado de las reliquias del Apóstol desde Palestina hasta “*Campus Stellae*”, la actual Compostela. Es el único en el que no aparece Navarra.

En el *Libro Cuarto, Historia Karoli Magni et Rotholandi o Pseudo Turpín*, ya aludido anteriormente, la presencia de Navarra es notable.

Así, en el primer capítulo, Carlomagno, observa una senda de estrellas en el firmamento que se extiende desde Alemania, a través de Gascuña, Vasconia, *Navarra* y España, hasta Galicia. Es el sueño en el que Santiago le pide que encuentre su sepulcro y libre las tierras hispanas del yugo sarraceno.

En el segundo, apenas llegado a España, Carlomagno pone sitio a las indestructibles murallas de Pamplona. Reza, ante la imposibilidad de conquistar la ciudad, y por merced del apóstol, las fortificaciones caen abatidas de forma estrepitosa. Este suceso prodigioso se relaciona con el hecho histórico de la destrucción de las murallas pamplonesas por las tropas carolingias en 778. Destrucción, que es omitida en la biografía real de Eginardo, e ignorada en la *Chanson de Roland*, y que constituye la trama de un ciclo temático dentro de la literatura épica francesa, en el que figuran, entre otros, este capítulo del *Pseudo Turpín*, o el libro *La Prise de Pampelune*, de Nicolás de Verona, ya citado al principio de este trabajo.

A lo largo de los capítulos del Libro Cuarto recorreremos la secuencia de las conquistas españolas del emperador. Se traslucen los conocimientos hispánicos, pero sobre todo navarros, del autor, que cita Pamplona, Estella, Milagro, Tudela y Los Arcos (*Vrancia que dicitur Arcus*).

En tanto que el malvado rey moro Aigolando queda en Pamplona, Carlomagno vuelve a Francia, de donde regresará para salvar a España en una cruzada, cuya primera batalla será frente a los muros de la ciudad en la extensa llanura que se tiende entre el río Arga (al que llama Runa) hasta el monte por el que asciende el Camino de

Santiago, batalla en la que Aigolando cae muerto y su ejército es desbaratado. Parece claro que el monte a que se alude, situado en el Camino de Santiago, es el alto del Perdón, y el magnífico llano, la llanada entre Cizur y Astráin. Podemos identificar sin dificultad el emplazamiento de la batalla, la silueta de Pamplona en su meseta, las tiendas de la armada carolingia en la planicie, y el ejército musulmán saliendo por la puerta oeste de la muralla de Pamplona y formando en buen orden ante la tropa cristiana.

Tras su absoluta victoria, Carlomagno llega a Puente la Reina (*Pons Arge*: Puente del Arga), y termina de derrotar a la morisma. Con un primer triunfo en Monjardín (*Mons Garsini*) contra el malvado Furre, que concluye con la toma del castillo (la histórica fortaleza de San Esteban de Deyo) y, por supuesto, la liberación de toda la patria de los navarros (*totamque patriam Nauarrorum*) del yugo sarraceno.

Finalmente, se narra la batalla de Roncesvalles, tomando la línea argumental de la Chançon de Roland. Una vez que el ejército de Carlomagno ha sobrepasado el lomo pirenaico y acampado en Valcarlos, no entre breñas boscosas, sino en la amplia explanada entre Burguete y Roncesvalles se produce el choque entre los 50.000 moros del rey Marsilio y los 20.000 cristianos mandados por Roldán, que son masacrados. El heroico Roldán acaba con la vida del infame Marsilio, a costa de sufrir graves heridas. Moribundo, se retira a los bosques bajo el Puerto de Cisa (*usque ad pedem portuum Cisere*), donde tañe su olifante con las consecuencias que ya conocemos.

Se pormenorizan en el texto numerosos detalles de la batalla, la muerte y las torturas que padecen los héroes. Y llama la atención la precisa descripción geográfica de Roncesvalles y su comarca, que volvemos a encontrar en el libro V.

El *Libro Quinto*, llamado *Liber Peregrinationis*, o Guía del Peregrino, es probablemente el más conocido de todos, y son numerosas las referencias a localidades navarras, todas ellas situadas en la Ruta Compostelana. Las sigo en la ajustada traducción del catedrático Millán Bravo Lozano.

En el ramal de la Vía Tolosana o Egidiana, tras atravesar la villa de Tiermas (*Termas*), en la que sitúa unos baños reales, recorre las poblaciones de Monreal (*Mons Reellus*) y Puente la Reina, a la que el autor nombra como *Pons Regine*, en unas ocasiones, y *Pons Arge*, en otras.

En el camino de Roncesvalles, una vez reunidas las tres Vías: Podense, Limosina y Turonense, cita los lugares de Espinal (Aurizberri), Burguete (Auritz) y el *summus portus* de Ibañeta; describe con detalle el hospital de Roldán (*Hospitalis Rotolandi*), y la villa de Roncesvalles (Burguete), y prosigue con Viscarret (*Biscaretus* o *Biscarellus*), Larrasoña (*Ressogna*) y Pamplona (*urbs Pampilonia*). Se detiene después en Puente la Reina, donde todos los caminos se hacen uno solo, y Estella, a la que pondera de forma encendida. Y tras los Arcos, llega a Logroño.

Existe un claro anacronismo en la información geopolítica del autor del Libro V. La frontera entre Navarra (la *Tellus Nauarrorum*) y Castilla aparece situada en los Montes de Oca, una vez pasado Belorado, en la línea que separó a ambos reinos hasta la muerte del rey García Sanchez III el de Nájera, el 1 de septiembre de 1054, entre Agés y Atapuerca. Y la divisoria entre Francia y Navarra en la cima de Roncesvalles. Resuenan en el narrador los ecos de los cronistas carolingios que marcan diferencias entre la comarca de los hispano-vascones pirenaicos (*regio wasconum Pyrinei iugo*) y la tierra de los navarros: *Pompelonem Nauarrorum opidum*.

Es interesante el capítulo VI, que habla de los ríos del Camino de Santiago, especialmente en lo que toca a los cauces navarros:

Desde el Puerto de Cisa fluye hasta Pamplona un río saludable “que algunos denominan Runa” (apelativo que el profesor Moralejo supone derivado del nombre Iruña). Por Puente la Reina discurren el Arga y el Runa. En Lorca, el río Salado: “¡cuidado con beber de él, ni tú ni tu caballo, pues es un río mortífero! Camino de Santiago, sentados a su orilla, encontramos a dos navarros afilando los cuchillos con los que solían desollar a las caballerías de los peregrinos que bebían de aquel agua y morían. Les preguntamos y nos respondieron mintiendo, que aquel agua era potable, por lo que dimos de beber a nuestros caballos, de los que al punto murieron dos, que los navarros desollaron allí mismo.

Por Estella pasa el Ega, de agua dulce, sana y extraordinaria.

Por la villa de Los Arcos discurre una corriente de agua mortífera, y después, entre Los Arcos y el próximo hospital, pasa una corriente de agua mortífera para las caballerías y los hombres que la beben. Por la localidad llamada Torres, en territorio navarro, pasa un río mortífero para los animales y las personas que lo beben. A continuación, por la localidad de Cuevas, corre un río que es también mortífero. Por Logroño pasa un río enorme llamado Ebro, de agua sana y rico en peces. Todos los ríos entre Estella y Logroño son malsanos para beber las personas y animales, y sus peces son nocivos.”

Es llamativa la alusión a tres poblaciones menores, que se habían pasado por alto en el capítulo tercero: Lorca, Torres y Cuevas. También es destacable el minucioso conocimiento de las pequeñas corrientes de riachuelos: el Salado (*riuus Salatus*), el Odrón y el Linares, así como el arroyo de Valdevarón, que discurre junto al hoy despoblado de Cuevas, de la misma manera que los accidentes geográficos de la zona.

Y junto a todo lo dicho, sobresale el elogio encendido con el que se refiere a Estella: «Fértil en buen pan y excelente vino, así como carne y pescado, y abastecida de todo tipo de bienes», y la excelencia, ya citada, de las aguas de su río: “Por Estella pasa el Ega, de agua dulce, sana y extraordinaria”, algo que contrasta vivamente con la calidad del resto de los cauces del Camino. En el conjunto de España merecen una visión

positiva, además de Estella y Compostela, León, y los enclaves cluniacenses de Carrión y Sahagún. Y entre los hospitales de asistencia a los peregrinos: Santa Cristina de Somport, Roncesvalles, Santo Domingo de la Calzada, San Facundo y Primitivo de Sahagún, y San Isidoro de León.

El resto de los lugares y las gentes del Camino de Santiago, navarros, castellanos y gallegos, son tratados de forma negativa o desdeñosa. De manera especial los navarros, cuya aberrante descripción es bien conocida, y supera a la dedicada a los otros pueblos; en cantidad, apenas dedica tres o cuatro líneas a los demás, en tanto que a Navarra le brinda dos folios, en el capítulo VII; y sobre todo, en calidad: “visten mal, lo mismo que comen y beben también mal, pues en casa de un navarro se tiene la costumbre de comer toda la familia, lo mismo el criado que el amo, la sirviente que la señora, mezclando todos los platos en una sola cazuela, y nada de cucharas, sino con las propias manos; y beben todos del mismo jarro. Cuando los ve uno comer, le parecen perros o cerdos. Y oyéndoles hablar, te recuerdan los ladridos de los perros, por lo bárbaro de su lengua. A Dios le llaman urcia; a la Madre de Dios, andrea Maria; al pan, orgui; al vino, arдум; a la carne, aragui; al pescado, araign; a la casa, echea; al dueño de la casa, iaona; a la señora, andrea; a la iglesia, elicera; al sacerdote, belaterra, que significa bella tierra; al trigo, gari; al agua, uric; al rey ereguia; y a Santiago, iaona domne iacue. Son un pueblo bárbaro, diferente de todos los demás en sus costumbres y naturaleza, colmado de maldades, de color negro, de aspecto innoble, malvados, perversos, pérfidos, desleales, lujuriosos, borrachos, agresivos, feroces y salvajes, desalmados y réprobos, impíos y rudos, crueles y pendencieros, desprovistos de cualquier virtud y enseñados a todos los vicios e iniquidades, parejos en maldad a los Getas y a los sarracenos, y enemigos frontales de nuestra nación gala. Por una miserable moneda, un navarro o un vasco liquida como pueda, a un francés...”

El juicio que le merecen los navarros, deudor, sin duda, de la persistencia en la memoria colectiva francesa de los agravios sufridos en Roncesvalles, no se corresponde con el afecto con el que nuestro narrador se refiere Estella. La minuciosidad con que describe su comarca, pueblos y lugares, corrientes y caminos, y la manera con la que deforma la calidad de las aguas de los ríos vecinos, anteriores y posteriores en el curso del Camino, a la vez que destaca la calidad de las del Ega, unido al relato en el que dice encontrar a uno de los protagonistas de los milagros entre Estella y Logroño, hace verosímil la intuitiva conclusión del profesor Anguita Jaén de que los Libros Segundo y Quinto del *Liber Sancti Jacobi* procedan de la misma mano, así como la posibilidad de que su autor haya residido, al menos temporalmente, en la ciudad del Ega, se haya sentido bien acogido por sus compatriotas, los repobladores francos (de Le Puy-en-Velay), que han colonizado de forma mayoritaria la ciudad del Ega, y que haya guardado de Estella y los estelleses la magnífica opinión que deja en su guía. Pagándola con una intencionada promoción turística, dirigida a los peregrinos franceses, receptores de la información del *Liber Peregrinationis*.

Resulta natural, que el lugar de Navarra tratado con mayor extensión, detalle e interés sea Roncesvalles, tanto en el libro IV como en el V. Nuestro autor lo destaca y hace de él uno de los lugares esenciales del Camino, pero, además, se ocupa de él por el singular significado que representa en el ideario del Pseudo Turpin, ya que conjuga de manera perfecta el Camino de Santiago y la figura de Carlomagno y su idealizada Cruzada de España. Porque ningún otro lugar de Europa encarna y manifiesta la pretensión ideológica de fundir lo jacobeo y lo carolingio como Roncesvalles. Ya en el siglo XII constituye a los ojos del peregrino francés el más sagrado santuario, el más visitado, el lugar de veneración de los despojos de sus héroes míticos, así como los objetos y parajes relacionados con la batalla: el *Hospitalis Rotolandi*, la *perre bisé* (el peñasco hendido), la *Crux Karoli*... Porque en el *Liber Peregrinationis*, Roldán y sus compañeros, se muestran como mártires bienaventurados, y su visita resulta ineludible para quien recorre el Camino:

"El Camino de Santiago pasa por un monte muy alto denominado Port de Cize, bien por ser la puerta de España, o porque por ese monte se transportan las mercancías de un país a otro. Tiene unas ocho millas de subida y otras ocho de bajada: su altura, en efecto, es tanta que parece que toca el cielo. A quien lo sube le parece que puede palpar el cielo con su propia mano. Desde su cumbre puede verse el mar británico y occidental, así como los confines de tres regiones: Castilla, Aragón y Francia. En la cima de ese monte hay un lugar llamado la Cruz de Carlomagno, porque en tiempos pasados Carlomagno se abrió paso con hachas, piquetas, azadas y otras herramientas cuando, al frente de sus ejércitos, se dirigía a España. A continuación alzó figuradamente en alto la cruz del Señor, y doblando las rodillas en dirección a Galicia, elevó sus preces a Dios y a Santiago. Por ese motivo, los peregrinos tienen por costumbre hincarse allí de rodillas y orar vueltos hacia la patria de Santiago, y cada uno deja clavada una cruz, estandarte del Señor. Hasta mil se pueden contar allí. De ahí que se tenga a éste por el primer lugar de oración a Santiago en el camino.

En ese momento, antes de que el cristianismo se extendiese por todo el territorio español, los impíos de los navarros y los vascos tenían por costumbre, a los peregrinos que se dirigían a Santiago, no solo asaltarlos, sino montarlos como a asnos y matarlos. Junto a este monte, en dirección norte, está el valle llamado Valcarlos, en el que acampó el mismo Carlomagno con sus ejércitos, cuando sus guerreros murieron en Roncesvalles. Por él pasan también muchos peregrinos camino de Santiago cuando no quieren escalar el monte. A continuación, en la bajada, están el hospital y la iglesia en la que se encuentra el peñasco que el poderosísimo héroe Roldán, con su espada, rompió por medio, de arriba abajo, de tres golpes. Viene luego Roncesvalles, el lugar donde tuvo lugar el gran combate en el que perecieron el rey Marsilio, Roldán y Oliveros con otros cuarenta mil combatientes cristianos y sarracenos."

En resumen, el *Liber Sancti Iacobi* revela un extraordinario esfuerzo estético e intelectual para consagrar el culto al apóstol Santiago, el más notable que haya recibido ningún santo a lo largo de la historia del cristianismo. Y, a la vez, un despliegue ideológico para convertir a Carlomagno, Roldán y los doce pares en el núcleo de la llamada Materia de Francia. Es conocida la afirmación del trovador Jean Bodel (1165 – 1210) en la *Chanson de Saisnes: Ne sont que III matières à nul homme atandant, De France et de Bretagne, et de Rome la grant* (Hay tres ciclos literarios que nadie debería ignorar: la materia de Francia, de Bretaña, y de Roma la grande).

Pero, junto a todo ello, es una demostración evidente de la presencia de Navarra en el imaginario europeo y del conocimiento de sus tierras por parte de al menos uno de sus autores.

CALIXTO II

Respecto al autor mítico o inspirador del libro, el papa Calixto II, cuya participación en la obra es descartada por la práctica totalidad de los estudiosos, merece la pena plantear algunas consideraciones. Durante su breve papado (1119- 1124) muestra una enorme inclinación hacia la diócesis compostelana, ya que:



- Concede a Santiago la dignidad de Diócesis Primada Metropolitana, prerrogativa que reside hasta entonces en la catedral de Mérida, el 27 de febrero de 1120, por medio de la bula *Omnipotentis dispositione*.

- Instituye el Año Santo Compostelano, merced al cual se concede el privilegio del *Jubileum Plenissimum* a quienes visiten la tumba del apóstol Santiago en los años en que el día 25 de julio cae en domingo.

- Y tanto la tradición como la tetra del *Liber Sancti Jacobi*, atribuyen a su voluntad la factura de este tesoro bibliográfico, reunión de textos y músicas para la liturgia de Santiago que, según el editor y medievalista Walter Muir Whitehill (quien en 1932 realiza en Santiago de Compostela la primera transcripción completa del Códice Calixtino), representan “una composición magnífica y conmovedora que honra al Hijo del Trueno como ningún otro santo fue honrado jamás”. Y no solo esto, sino que, entre otras lecturas, contiene la gran guía turística medieval de Europa, el mejor instrumento promocional de Compostela.

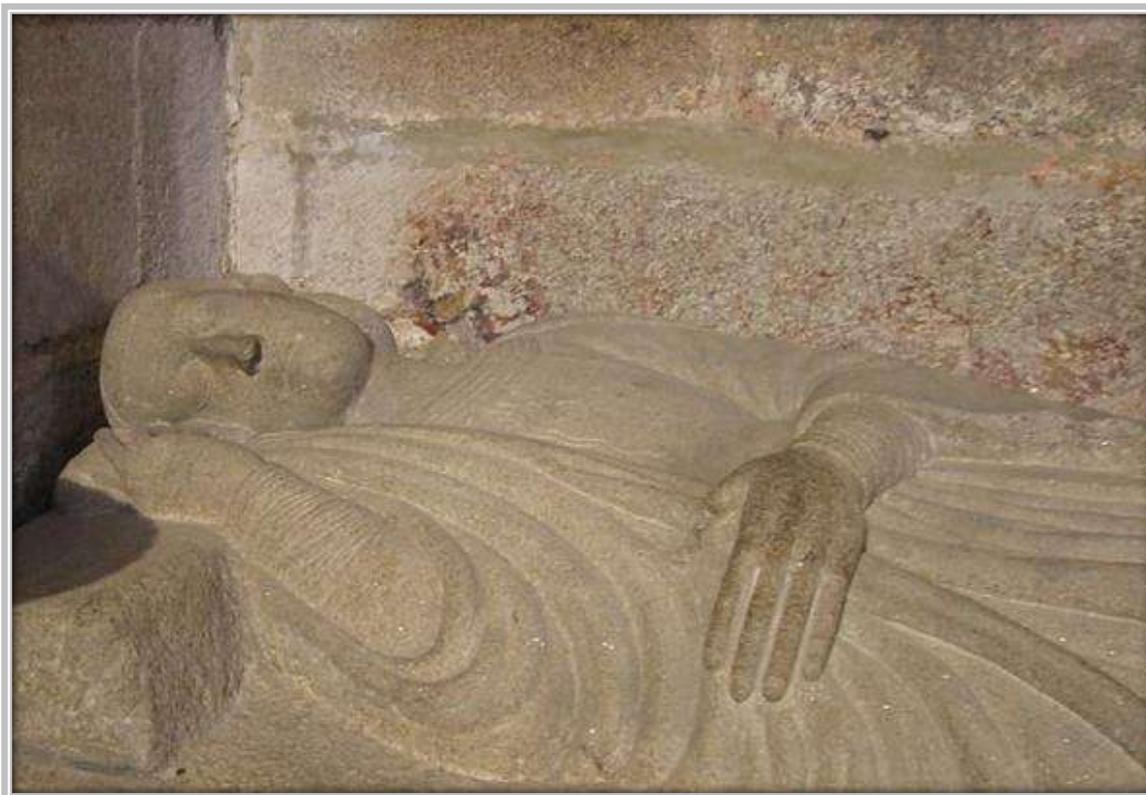
Tres medidas que tienen en su momento un efecto multiplicador en las peregrinaciones jacobeanas, que dura hasta hoy.

No ha de extrañar, pues, que el nombre más popular y divulgado de este libro extraordinario: *Codex Calixtinus*, Códice Calixtino, vaya señalado con su nombre.

Calixto II, Guido de Borgoña en el siglo, es hijo del gran duque Guillermo I de Borgoña. Educado desde su juventud en los asuntos de la corte, se desprende de su biografía la habilidad de un experto en las prácticas de la diplomacia. En un sucinto resumen de su paso por el papado, puede observarse la maestría con la que se libra de su rival para la cátedra de Pedro, Gregorio VIII, a quien anula, encarcela, y consigue que pase a la historia con el apelativo de antipapa. La destreza para decretar la excomunión del emperador Enrique V cuando es conveniente para sus fines. La lucidez al reunir en la dieta de Worms tanto a los señores de la Iglesia como a los príncipes seculares, y conseguir arrancarles la firma del Concordato de Worms: 23/ IX/ 1122, fecha destacada en la historia de la Iglesia, puesto que con ella el emperador renuncia a su derecho en los nombramientos eclesiásticos y se pone fin a la larga y enconada querrela de las investiduras. Y el sentido de la oportunidad para convocar el Primer Concilio de Letrán, considerado por los expertos como el iniciador de la serie de concilios ecuménicos celebrados en Occidente, en el que amén de sancionar los acuerdos del citado concordato y condenar ciertas herejías y malos usos, como el intrusismo laico en la vida religiosa, comienza la predicación de la Segunda Cruzada. Todo ello y mucho más en apenas cinco años de pontificado.

Su aguzada visión política, le orienta para tender una red de alianzas con los responsables de lugares estratégicos del Camino de Santiago; como la amistosa relación que establece con Diego Gelmírez, o la designación de Pedro de Roda (Rodez, Francia), que ha sido monje en Conques bajo su mandato como abad del monasterio de Santa Fe, para la cátedra de Pamplona. Tal vez no por casualidad, ambos, compostelano y pamplonés, coinciden en los hechos gloriosos de la batalla de Alcoraz, con la providencial intervención de San Jorge, el 15 de noviembre de 1096, y en la entrada triunfal pocos días después, el 26 de noviembre, bajo los pendones del rey Pedro I, en la ciudad musulmana de *Wasqa*: Huesca, pronto capital del reino de Aragón.

Y es que Calixto (o Guido) tiene buenas razones para mostrar su predilección por el occidente español, pues es hermano de Raimundo y primo de Enrique de Borgoña, dos de los grandes señores que dominan el centro oeste de la península. Se ha escrito que está en la cabecera del lecho de Raimundo en el momento de su muerte, en Grajal de Campos, el 20 de septiembre de 1107, siendo ya arzobispo de Vienne. Y que participa en el cónclave reunido en la corte de León para asegurar la sucesión del reino. Y aunque siempre se ha desestimado la verosimilitud de su peregrinación a Santiago, apuntada en el *Codex Calixtinus*, no parece improbable que quien ha velado a su hermano menor, el poderoso conde de Galicia, en sus horas finales, escolte sus restos, junto con el antiguo amigo y canciller de Raimundo, ahora obispo Diego Gelmírez, en su traslado desde la capital leonesa hasta la catedral de Compostela, donde se ofician sus exequias y se produce su enterramiento.



No queda claro si la influencia calixtina es determinante para que su sobrino, el hijo primogénito de su hermano Raimundo, llegue a reinar en los extensos territorios de Castilla y León. Tampoco, si lo es para que sea proclamado primer rey de Portugal el hijo de su primo Enrique de Borgoña, conde portucalense. Pero el hecho cierto es que, pocos años después de su muerte, dos sobrinos de nuestro borgoñón y jacobeo papa van a ceñir la corona de los grandes reinos hispánicos: Alfonso VII el Emperador, en Castilla y León; y Afonso Henriques, Afonso I el Conquistador, en Portugal.

Y de lo que no cabe la menor duda es de que su obra -real o mítica- es decisiva para convertir a Compostela en el vértice de la más hermosa peregrinación que pueda hacer un cristiano antes de morir.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En las páginas precedentes se ha realizado un sucinto repaso a algunos de los hechos destacados que relacionan a Carlomagno con Navarra. Podrán los historiadores añadir, sin duda, numerosos datos extraídos de diversas fuentes documentales, de la misma manera que los especialistas en literatura serán capaces de incorporar innumerables citas de tantas obras que aluden directa o indirectamente a las cuestiones ofrecidas en este texto. También los etnógrafos tendrán un notable acopio que aportar en forma de relatos, leyendas y tradiciones locales, nacionales o

internacionales, que han surgido de los ecos de la historia, la epopeya o el mito, y que han persistido transformados y enriquecidos a través de la memoria o la fantasía popular.

Y los expertos en geografía señalarán en los mapas, en las cartografías, en los valles y las poblaciones, en los montes y los senderos, las incontables señales con que la toponimia ha recogido los pasos o las zancadas del emperador Carlos, el de la barba florida, o de su sobrino, el heroico don Roldán. Y lo mismo llegará desde las manos de los estudiosos de la imaginería medieval, de los versados en paleografía o los eruditos en caligrafía y letras capitulares. Así como de los peritos en eboraria o en los cálidos matices de las miniaturas antiguas.

Tantas cosas...

Este texto, que deja muchas de ellas para que se incorporen en un futuro no lejano, solo pretende que quede patente la profunda relación entre Carlomagno y Navarra. Por los sucesos épicos apuntados, por su rotunda resonancia, por el papel decisivo que el universo carolingio -la influencia del emperador, sí, pero también de sus predecesores y sus sucesores- desempeñó en las horas aurales del reino pamplonés.

Por todas esas razones, Pamplona y Roncesvalles, pero también muchas otras poblaciones y lugares de nuestra tierra y, en definitiva, la comunidad de Navarra en su conjunto, merecen formar parte de la Via Charlemagne, este nuevo Itinerario Cultural Europeo, que nos interpela para recordarnos nuestro pasado común e ir creando a la vez un futuro más común todavía.